

DE HUAMANGA

EN LOS AÑOS
SESENTA Y
SETENTA

Universitas
Huamangensis

ENRIQUE MOYA BENDEZÚ



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL
DE HUAMANGA

Stud. Pauperum et Mercatorum
1877

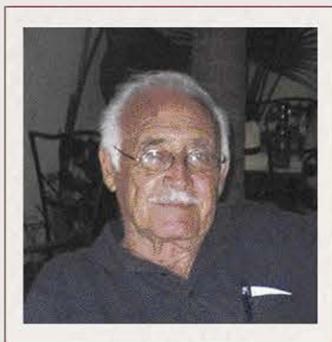


El libro que nos entrega Enrique Moya ha sido escrito a través de varios años. Él ha buscado dar testimonio de varios eventos y hechos sociales que han quedado en su memoria en distintos momentos de su medio siglo de vida en Huamanga. Él no es un escritor profesional, sino un ingeniero cuya sensibilidad y afecto lo han llevado a escribir este conjunto de testimonios personales donde la formación técnica del ingeniero ha sido superada por la expresión escrita para compartir recuerdos y volver a enriquecerse con personas y afectos que nunca olvidará y que sirvieron para recrear su existencia y ennoblecerla.

No sé si este libro es de cuentos, testimonios, pero nos da una idea de la vida huamanguina. De personajes populares, de la vida universitaria y de ese mundo de imaginación, arte y magia que es la ciudad de Huamanga cuando se le conoce en sus barrios, sus talleres, sus cantinas y sus costumbres que embriagan de manera envolvente a quien las conoce entrañablemente y desea lo mejor para sus pobladores como lo desea permanentemente Enrique Moya.

Enrique González Carré





ENRIQUE MOYA BENDEZÚ

MI HISTORIA

Nací en la Maternidad de Lima. A la semana mi madre tuvo que regresar a Puquio porque mi padre estaba grave, viajamos en una avioneta a Nazca, de allí a Puquio en un camioncito mixto. Soy puquiano desde entonces: por su cielo azul, por las bellas noches estrelladas; pero sobre todo por el amor recibido de mis familiares y amigos, por mi madre y por todas las madres puquianas que empujaron a sus hijos a ser más.

Cuando era un chiquillo y estaba con fiebres, mi abuelo Oseas, venía a verme. Sentía cariño en su mano cálida posada en mi frente; solo me decía, ya sanarás; y mi abuela Teresa me premiaba con caramelos en platinas doradas cuando no mataperreaba.

Mis tías habían renunciado al amor marital por criarnos con religiosa dedicación; me engrieron y perdonaban mis escapadas al mercado para leer en los puestos de alquiler de revistas el Pato Donald, Tarzán y los viajes de Julio Verne en historietas.

En Los Salesianos sacrificaba mi propina por las misiones para los niños pobres del África. Como fin extremo quería ser cura, solo llegué a sacristán. En el Colegio Militar Leoncio Prado era uno de los perros chuscos de *La ciudad y los perros*; esperaba cada sábado para ver a mi vecinita del callejón en mi barrio de Chacra Colorada. Mi padre venía a Lima y nos llevaba al balneario de La Punta en el Tranvía acoplado, luego de bañarnos en el mar nos compraba una bola de helado; en mi santo compré un Peziduri y Coca Cola. Más tarde cuando joven me enseñó a criar ganado. El caminar derecho se lo debo a él.

Mi madre dejaba caer sus lágrimas cada vez que viajábamos a estudiar a Lima, pero estuvo linda y orgullosa cuando me colocó la insignia de Ingeniero Agrónomo en el Club de la Unión. Cuando mayor, convertida en abuela, acunó a mis hijos con gran cariño.

En La Agraria sentí la plenitud de la independencia juvenil y quería trabajar como agrónomo en una quebrada de la sierra, con un río de aguas claras y al borde, molles retamas y cercos de alfalfa.

Fui a Huamanga y encontré que era Roma con clima de buen temple como decía en el acta de su fundación, fuera de ella el resto era la provincia, al sur estaban los indios y mestizos, criadores de vicuñas; de allí se traía la fina lana para los ponchos, bufandas y mantones.

La Universidad de San Cristóbal de Huamanga fue el nido que encontré; fue la simiente y la fuerza para trabajar por la sociedad. Fui un dedicado profesor, decano y rector; lo que sé y lo que soy, se lo debo a ella.

Alicia, mi esposa, me dio su alegría y su amor; me miraba con sus ojos bellos y sonreía; se marchó hace tiempo y aún la extrañamos: Marcos, mi hijo mayor, dulcifica su fuerza en Aytana bella y tierna, y en Malú pícaro y alegre; Adriana, mi hija, brincaba en su cama de alegría cuando su madre la llamaba Nana, ha hecho de Álvaro, su hijo, un joven inteligente y bueno que gana premios y becas. Miguel, el menor, a quien su mamá llamaba cariñosamente "Mi Chinli", hoy tiene en Mara, su compañera, y en Martina, su hija, el mundo completo.

En París entendí la humanidad de Vallejo y el doctorado en La Sorbona me enseñó que el bienestar y el desarrollo no están en la tecnología sino en la capacidad de ser ciudadano solidario y lleno de afecto por los otros.

De regreso a Huamanga el desencuentro entre los compañeros, la duda y el temor, además de los desaparecidos, dejan su recuerdo, como dolor eterno en el alma.

En Puno aprendí que el Perú es la suma de naciones y que la riqueza mayor es la de sus diversas culturas con sus diferencias. Bailar en los Caporales para mamacha Candelaria me hizo más peruano.

En Lima de nuevo, como funcionario público, como director del INIA y presidente del Consejo Nacional de Camélidos, traté de romper los complicados y burocráticos procesos; como dice el poema de Marco Martos en consejos ejecutivos babosos.

De retorno a Huamanga, otra vez a pelear con la vulgaridad, la indiferencia, la falsedad, el engaño y la tristeza de amaneceres sin sueños, de caminos sin rumbo.

He juntado en estos escritos lo que me tocó vivir, ver y lo que me contaron; lo he hecho a mi manera, siempre con amor a mi tierra, en algunos casos con la licencia de exagerar un poco. Agradezco los especiales momentos de mi vida. He caminado muchos caminos, en algunos casos cuando no había, abriéndolos.

DE HUAMANGA EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA
UNIVERSITAS HUAMANGENSIS

DE HUAMANGA EN LOS AÑOS SESENTA Y SETENTA

Universitas Huamangensis

ENRIQUE MOYA BENDEZÚ



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL
DE HUAMANGA

Real, Pontificia y Nacional
1677



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL
DE HUAMANGA

Real, Pontificia y Nacional
1977

Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, 2016

Dr. Homero Ango Aguilar – Rector

Dr. Lurquín Zambrano Ochoa – Vicerrector Académico

Dr. Hugo Gutiérrez Orozco – Vicerrector de Investigación

Edición a cargo de *Esteban Quiroz Cisneros*

Fotografía de carátula e ilustraciones interiores: *Felipe López Mendoza*

Diseño de carátula: *Julián Padilla Gervacio*

Corrección de textos: *Diana Casas Rivera / Carlos Mac Lean Crestani*

Coordinador de edición: *José Armando Anchayhua Andía*

© Enrique Moya Bendezú, 2016

© Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, 2016

Portal Independencia No 57 Plaza de Armas - Huamanga / Ayacucho - Perú

Central telefónica Ayacucho: 066-312230 - 066-312522

Oficina de enlace: Ramón Dagnino N° 175, piso 11, Santa. Beatriz - Lima

Teléfono: 01-4335524

Portal web: www.unsch.edu.pe

Facebook: Universidad San Cristóbal

ISBN: 978

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N° 2015-

Impresa en el Perú

Imprimé au Pérou

Printed in Peru

ÍNDICE

11 Prólogo

UNIVERSITAS HUAMANGENSIS

17 Mi amigo el mimo en Ayacucho

21 Señor rector, señor mendigo

23 El viaje de los doctores a Lima

25 La visita del doctor Plume

27 El capitán Flores

31 A nueve años

DE HUAMANGA SEÑORIAL

37 La señorita Octavia

39 La reina Ucucha

43 El capitán Fuentes

47 Don Manuel, el corresponsal de prensa

51 Juancitucha

55 La rubia Mireya

57 La encantadora tía, protectora de la lejana novia

59 Amadeo Barboza

DE LOS INDIOS Y SEÑORES DE PUQUIO

63 Como cárcel, la ciudad

65 El tío Bernardino

69 El arriero de Ccarmenca

73 Capataz punta de carretera

75 El toro negro y frontino de la quebrada del Pachachaca

77 Torito sardo *turucha*

81 La reemplazante

83 Puquio declara la guerra al Imperio japonés

87 El apagón de los señores

DE PUNO, DE PARÍS Y DE OTROS LUGARES

- 93 Jorge Acuña en París
95 Alpaquita de color
97 La bella aymarita
99 Don Cipriano el *yatiri* del Huaccsapata
101 El *apu* Rasuwillka
103 Casire, donde gobiernan las mujeres
105 La historia en huantino del Mar Huantártico
107 El Quijote en la Villa de Pauza

*Para mis hijos
Marcos, Adriana y Miguel*

PRÓLOGO

Enrique Moya Bendezú creció en Puquio, al sur de la Región Ayacucho. Sus padres y familiares estuvieron vinculados a las tareas agrícolas y ganaderas. Él estudió en la Universidad Agraria y se convirtió en ingeniero y especialista en zootecnia. También estudió Desarrollo Rural en Francia, se dedicó a la docencia universitaria y se especializó en el estudio de los camélidos andinos.

Enrique Moya llega muy joven a trabajar en la Universidad de Huamanga. No tenía ni 24 años y se incorpora al primer grupo de profesores que llegaron para reabrir y reconstruir la antigua Universidad Colonial que iniciaba nuevamente sus labores en los primeros años de la década de los sesenta.

La vida de Enrique Moya en la universidad y en la ciudad de Huamanga fue amplia, diversa y enriquecedora para un joven profesional sensible y comprometido con sus tareas como era él cuando joven.

Enrique participó activamente en la organización de la especialidad de Agronomía, en la adquisición y funcionamiento de los fondos de la universidad. En el programa de pastos y ganadería que el gobierno suizo implementó, y en muchas otras actividades que permitieron desarrollar la Universidad de Huamanga en su infraestructura e instalaciones, y en la vida universitaria en cuanto intercambio de ideas, libertad de pensamiento y conducta comprometida con el poblador ayacuchano y sus problemas.

Enrique Moya ha pasado lo mejor de su vida ligado a Huamanga y aún hoy, después de casi 55 años, se reconoce como ciudadano residente en la ciudad de Huamanga. Ha sido profesor, jefe de departamento, decano y rector de la universidad. Luego, retirado de la vida universitaria, ha participado en proyectos de desarrollo regional y su multitud de debates, discusiones de la problemática

regional y postulaciones políticas para ejercer funciones de dirección en los destinos regionales de Ayacucho.

En sus ochenta años de edad nunca ha perdido el entusiasmo ni el interés en los problemas de Ayacucho, y siempre está dispuesto a participar, a debatir y a comprometerse por lo que se puede hacer en Ayacucho para bien de sus pobladores.

Muchas veces pierde la paciencia por ser fiel a sus ideas y estar en contra de la indolencia de ciertas autoridades que no atienden los problemas de Ayacucho que él conoce ampliamente.

Pero Enrique Moya tiene una faceta en su personalidad que tiene que ver con la música, las tradiciones y costumbres de Huamanga. Paralelamente al experto y al ingeniero existe un Enrique ganado por el arte popular, la entrega festiva a los bailes y comparsas del carnaval. El regocijo por la resurrección de Cristo en Semana Santa donde se mezcla la alegría popular de cohetes y bebidas, con la música y la fe de mejores tiempos para Huamanga, la ciudad que ama y donde se casó con Alicia Carrasco y crió a sus tres hijos: Marcos, Adriana y Miguel.

El libro que nos entrega Enrique Moya ha sido escrito a través de varios años. Él ha buscado dar testimonio de varios eventos y hechos sociales que han quedado en su memoria en distintos momentos de su medio siglo de vida en Huamanga. Él no es un escritor profesional, sino un ingeniero cuya sensibilidad y afecto lo han llevado a escribir este conjunto de testimonios personales donde la formación técnica del ingeniero ha sido superada por la expresión escrita para compartir recuerdos y volver a enriquecerse con personas y afectos que nunca olvidará y que sirvieron para recrear su existencia y ennoblecerla.

No sé si este libro es de cuentos, testimonios, pero nos da una idea de la vida huamanguina. De personajes populares, de la vida universitaria y de ese mundo de imaginación, arte y magia que es la ciudad de Huamanga cuando se le conoce en sus barrios, sus talleres, sus cantinas y sus costumbres que embriagan de manera envolvente a quien las conoce entrañablemente y desea lo mejor para sus pobladores, como lo desea permanentemente Enrique Moya.

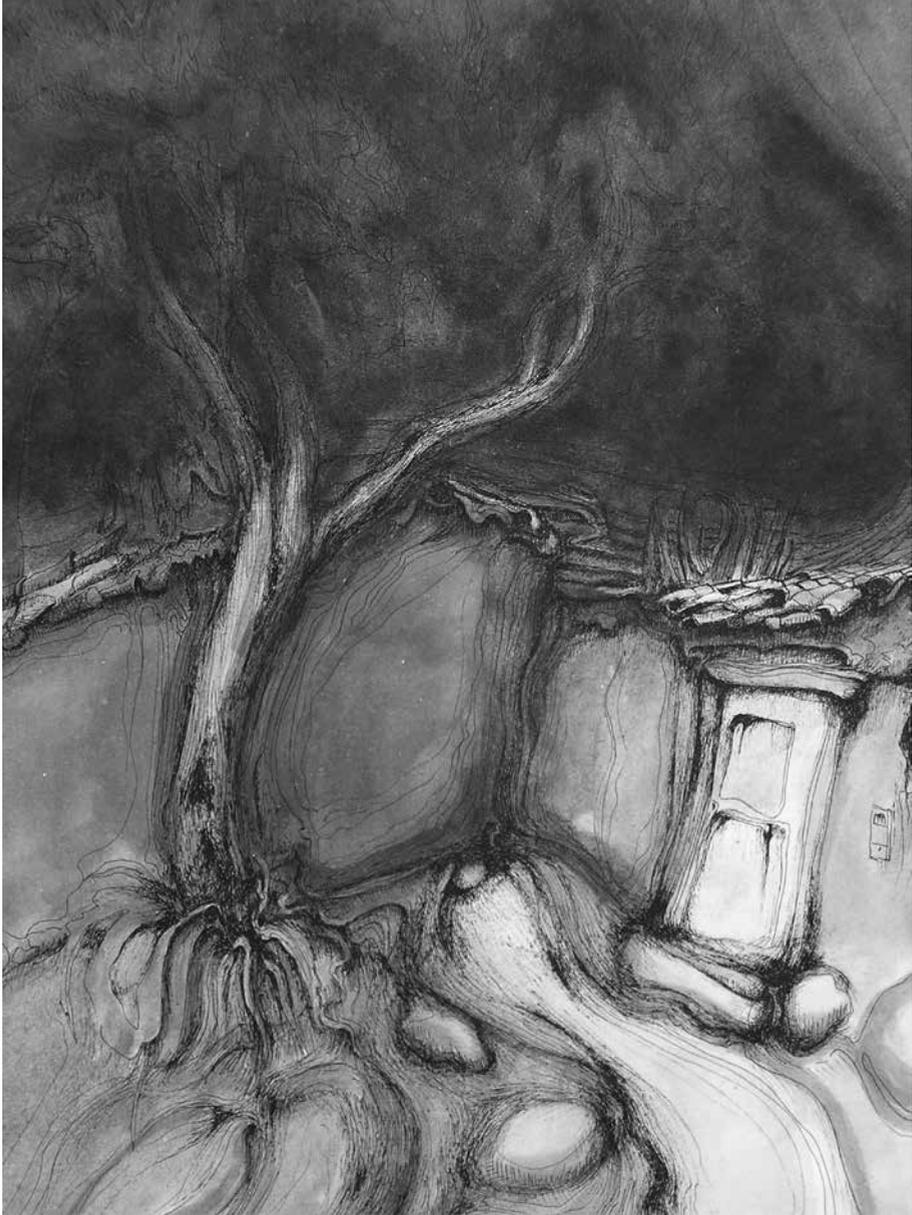
Quien escribe este pequeño texto introductorio es antropólogo de profesión. Conoce a Enrique Moya casi los cincuenta años que él vive en Huamanga.

Fue una de las primeras personas que yo conocí cuando llegué a vivir en Huamanga. He compartido con él la vida universitaria y las responsabilidades del gobierno universitario. También he compartido la vida familiar y muchas conversaciones sobre las condiciones de existencia en Huamanga. Sobre lo académico y lo popular también hemos conversado largamente, lo que me ha permitido descubrir una vocación de compromiso y sensibilidad de Enrique Moya con Ayacucho y con Huamanga, donde él vivirá eternamente caminando por sus calles y emocionándose con su música y su arte, más allá de su presencia física y formando parte de los recuerdos y los afectos en la memoria de quienes lo conocen y lo estiman.

Felicitaciones Enrique.

Enrique González Carré

UNIVERSITAS HUAMANGENSIS



MI AMIGO EL MIMO EN AYACUCHO

Fui a trabajar a Ayacucho con mi mujer y mis hijos, recordó Jorge cuando volvimos a vernos después de su larga estancia en Suecia. Viajamos en bus, dijo Jorge, y representó su viaje levantando los brazos para protegerse de los bultos que le caían encima, mientras se recogía sobre sí mismo para que entrase otro pasajero. Llegué a una ciudad muy bonita, y abrió inmensamente los ojos para decirnos que Huamanga era bella. Comencé a enseñar teatro en la universidad y conocí un día al señor rector, y lo hizo pequeño, delgado y pensativo. De pronto se calló, se paró para ver mejor, venía la profesora de música; nos invitó a verla: era linda, traía un peinado alto. Y corrió a darle un beso en su fino cuello y les contó a todos: a los alumnos, a los profesores, a todos, ¡había dado un beso a la profesora de música!

Una mañana salimos, me siguió contando, a comprar chaplas con Lucho Figueroa y Federico Larrea. Íbamos por los portales de la plaza principal al horno de mama Rita, cuando escuchamos... Nos invitó a escuchar: subía un carro por la calle 2 de Mayo. ¡Oh!, exclamó Lucho, era él, sí, él, nadie había tan negro y con un carro tan maravillosamente hermoso, entonces corrí y corrimos todos, pero el carro no se detuvo, y nos paramos para maldecirlo. Fatigados, nos sentamos en una banca y nos pusimos a pensar, necesitábamos un carro. Estaba decidido, compraríamos un carro. Y fuimos primero al mercado a tomar un *uman* caldo donde mamá Lucha, que hacía los caldos más ricos de todo Huamanga y le preguntamos dónde vendían carros. Ella se rió, ¿un carro? Sí, de verdad, un carro, le dijimos.

Cerca, en la misma cuadra, vive el señor Kajatt, nos dijo, es el representante de la Ford. Y le llamamos señor Ford, señor Ford... del fondo de su casa vino el señor Kajatt caminando como yo, con los pies pateando para afuera, avanzando y retrocediendo el pie como yo. Y le preguntamos si vendía carros. ¡Sí, yo vendo carros!, respondió; queremos un carro, le dijimos, somos doctores y allí

nomás nos lo enseñó, se lo compramos porque era muy lindo, y en ese mismo momento aprendimos a manejarlo.

Salimos hacia el parque y no había nadie, nadie, la ciudad estaba desierta y no se iban a enterar que teníamos un carro, más lindo que el del innombrable profesor negro.

De pronto, por las calles que llegan a la plaza mayor vimos venir mucha gente; caminaban muy rápido, entraron a la plaza y fueron todos hacia la iglesia mayor; delante, en la puerta, el padre Cavero, diácono de la Catedral, con los brazos abiertos les animaba a entrar.

Entramos también nosotros y le pedimos avisar a todos desde el púlpito que nos habíamos comprado un carro y pedimos bendecirlo, aunque seamos comunistas. A la hora del evangelio nos saludó desde el púlpito y avisó a los fieles que teníamos un carro y todos voltearon, nos miraron y nos sonrieron. Cuando terminó la misa toda la gente salió rápidamente y se perdió por las mismas calles por donde había venido, y quedó la plaza desierta otra vez y el padre nos dijo: ¡todos están en la kermesse de Chacco, ustedes han visto solo sus espíritus que han venido a la misa, luego se han ido a buscar su cuerpo en la fiesta! Fue entonces que decidimos ir a la kermesse en nuestro carro recién bautizado.

Yo manejaba así, y puso las manos en el volante, dobló el timón para dar la curva, y se inclinó hacia adelante para poner en primera, mientras manejaba sacó las manos saludando a todos. De pronto, en una nueva curva, se equivocó y torció el timón al revés y el carro, que todavía no nos entendía y que a la verdad, tampoco sabía caminar, se fue en sentido contrario, se trepó a un molle, se quedó allí despanzurrado y no se quiso levantar a pesar de que le animábamos todos.

Al día siguiente, Lucha, mi mujer, me despertó zamaqueándome y diciéndome las palabrotas que siempre prohibíamos a los chicos. Te busca el señor de la Ford. ¡Ah!, pensé yo, debe ser que quiere una presentación de mimo para los obreros de la Ford. ¡No!, dijo Lucha, dice que has chocado un carro que ayer compraste; dime, ¿cómo puedes ser tan miserable cuando a mí no me compras ni la cocina, ni las camas para los chicos?

El señor Kajatt entró y me dijo: no se preocupe, doctor. ¡Qué amable es el señor Ford!, pensé. Hemos recogido el carro y lo estamos arreglando, pero el cheque que me dio no tiene fondos, agregó. ¡Oh!, ¿qué cheque?, le pregunté. El de la universidad, me dijo. ¡Ah!, señor Ford, ese cheque nunca tiene fondos, es para mis actuaciones en las obras de teatro.

SEÑOR RECTOR, SEÑOR MENDIGO

En Huamanga, los sábados son días de dar. Así fue siempre, desde que Huamanga se consolidó como ciudad mestiza y religiosa, se estableció la norma de dar limosna en sábado.

Los sábados, las principales calles de la ciudad se puebla de mendigos que vienen de los barrios de indios que rodean la ciudad; salen de casuchas miserables, de viejas casonas abandonadas. Hay mendigos de todas las clases, es un desfile de la corte de los milagros. Los tenderos se preparan para dar, ponen en un tiesto un puñado de monedas y en las casas principales se compra bizcochos.

Un día viernes, Achachau, el mendigo dueño de la plaza mayor, caminaba apoyado en el bastón que resolvía la cojera de su pie derecho, cuando en el cafetín de mama Conce, vio a don Efraín Morote, el rector de la Universidad de Huamanga. Don Efraín tomaba café y mientras se sostenía la cabeza con el dedo mayor, fumaba plenteramente y arrojaba volutas de humo al aire. Achachau se le acercó y tocándole el hombro con el bastón, le dijo: flaco, una limosna. El rector, mirándole fijamente, le respondió: señor mendigo, hoy no es día de dar, venga usted mañana, que es día de dar.

Al día siguiente Achachau subió a las oficinas del rectorado y pidió a la secretaria que le anunciara su presencia al rector. Al entrar, saludó diciendo: buenos días, señor rector. El rector lo saludó a su vez: buenos días señor mendigo, tome usted asiento, por favor; y cogiendo de su mesa un sobre blanco se lo alcanzó, agregando: tenga usted, señor mendigo, y regrese usted como hoy, el próximo sábado, que es día de dar.

EL VIAJE DE LOS DOCTORES A LIMA

Durante los primeros años luego de la reapertura de la universidad, en las vacaciones de medio año, los catedráticos foráneos viajaban a Lima a ver a sus familiares, a informarse de los avances científicos y a mantenerse vinculados con los actores políticos y académicos limeños. Total, Lima seguía siendo la capital: regresar era siempre una acción importante para los profesores de una universidad provinciana. Volver al café Versailles y al Palermo, era para sentirse parte de la intelectualidad peruana e informarse en los claustros sanmarquinos y en la plazoleta Francia, de los acontecimientos importantes; era tener el pulso del país.

El grupo especial de los poetas y pintores tomaba sus alimentos en la pensión del maestro cocinero Zacarías, innovador en Huamanga en deshuesar pavos y especialista en prepararle a Oswaldo Reynoso el “pato a la naranja” que comía solo, en ceremonia ritual observada por sus discípulos, a quienes llevaba para que salivasen silenciosos y admirasen cómo es que el maestro se comía un pato entero, hasta los huesos, que trituraba, como una máquina de moler café.

La pensión funcionaba en el comedor del Club 9 de Diciembre, donde se reunían el director de la Escuela de Bellas Artes, Ricardo Respaldiza, limeño, narrador insigne de historias de “niñas cursis de calzón flojo y galanes señoritos”; René Casanova Silva Renard, cajamarquino, catedrático de literatura y enemigo mortal del padre Secco, sacerdote salesiano que desde el púlpito maldecía a los profesores de la universidad por ateos y comunistas. Los domingos extendía la misa a la plaza mayor portando una gran bandera peruana que batía exorcizando a los espíritus malignos que habitaban la universidad; y Luis Daly, profesor de español, preocupado por llevar correas de cuero labradas y ajustados pantalones jeans.

Una semana antes de las vacaciones comenzaron a organizar el viaje en grupo. Lo harían en el carro del profesor Daly, pagarían

proporcionalmente el gasto de combustible y cada uno asumiría los costos de su alimentación. Fijaron como punto de partida la Plaza Sucre y como meta final el Parque Universitario en Lima, y acordaron el programa del viaje, que dividieron en etapas. En la primera etapa, de Huamanga a Izcuchaca, hablaría el doctor Casanova; en la segunda, de allí a La Oroya y en el intermedio para hacer aguas y almorzar, lo haría don Ricardo Respaldiza; y en la tercera etapa y final, de La Oroya a Lima, el profesor Luis Daly.

Salieron muy temprano y se entretuvieron en los acomodos de la partida; fue recién a partir de Huanta que don René empezó con muy buen ánimo a contar sus historias de estudiante de medicina; siguió con las de revolucionario bolchevique, cuando pasaban por Huancayo; de allí a Lima contó de cuando era galán de damas mexicanas desconsoladas en sus primeras experiencias de psicólogo, para terminar en el Parque Universitario de cómo es que llegó a Huamanga.

Sin discutir, sin protestar, como caballeros, los viajeros acordaron en equidad cumplir el trato. Al día siguiente, don Ricardo contaría, de Lima a Huamanga, las historias de engaños y de amores prohibidos de las familias limeñas; y, retornando a Lima, el doctor Daly referiría las noches de ensueño que le tocó vivir con las odaliscas moras en España; historia que extendió hasta el borde del mar, en la playa de Agua Dulce, al amanecer del tercer día de viaje.

LA VISITA DEL DOCTOR PLUME

André Bernard era el profesor de francés en la universidad y había traído de París, luego de sus vacaciones, sus botas de agua, su caña de pescar y plumas especiales para pescar truchas y organizó con el doctor Morote una salida hasta el río Putacca; al llegar André emocionado por demostrar cómo se pescan truchas con técnica moderna y ecológica, identificó la mejor poza; tiró la caña y no cobró nada; volvió a tirarla, esta vez con el anzuelo mariposa, y nada. Más abajo, el doctor Morote separó un brazo del río con unas champas y con piedras del río construyó una poza y en el reborde escapaban saltarinas y escurridizas truchas, que él atrapaba; Bernard solo comentó que esa técnica era primitiva y prohibida; yo advertí en su rostro enrojecido el deseo de venganza.

Un buen día, el profesor André decidió iniciar la venganza y buscó al vicerrector para comunicarle que su embajada enviaría al profesor Plume, experto en culturas andinas, para dar conferencias en las universidades peruanas, y que él había propuesto se incluyera a la de Huamanga; en consecuencia, había que preparar su llegada y, dada la especialidad del rector, debía él preparar el discurso de réplica. El vicerrector puso en conocimiento del rector la novedad y este dispuso que el decano se informase de la vida académica y productiva del doctor Plume, quien inició una febril búsqueda de los antecedentes del ilustre visitante, pidió referencias a las universidades de San Marcos y La Católica; nadie conocía sus trabajos y el doctor Morote entró en preocupación y decidió hacer su propio mensaje; anunciaría algunos avances de su libro “Las aldeas sumergidas”.

A los pocos días llegó una nota diplomática de la embajada anunciando el arribo a Lima del profesor Plume y su próximo viaje a Huamanga. El rector dispuso la presencia de una comisión de recepción en el aeropuerto, en la tarde la ceremonia académica y, en la noche, una cena de gala en el Hotel de Turistas. La comisión en pleno estuvo en el aeropuerto esperando al doctor Plume, que no

llegó. En la víspera, la embajada había enviado una nota lamentando el retorno del profesor Plume a París debido a la quebrada salud de su madre.

Al regresar del aeropuerto, André me dijo: el profesor Plume no existe y las truchas no se cogen primitivamente con las manos, sino con cañas de pescar.

EL CAPITÁN FLORES

El doctor Efraín Morote, como rector de la universidad, dispuso un día de abril realizar una inspección de los terrenos de la universidad con los profesores del Instituto de Ingeniería Rural; nos acompañaban el profesor Ángel Díaz Celis, profesor de Botánica, y el geólogo Antonio Delgado.

Pampa del Arco, la vieja hacienda de los Montes de Oca, había sido asignada en propiedad por la ley de reapertura a la Universidad de Huamanga. Los predios universitarios comenzaban en la calle Manco Cápac y de allí se extendían hasta Puracuti, en el camino de herradura a Huanta, y hasta la cumbre del cerro La Picota. Todo lo que estaba dentro era de la universidad: Maravillas, Chaquihyacco y la lagunita temporal de Kicka Ccocha donde iban los jóvenes a entregar su amor, todo; solo el viejo estadio, la Unidad Mariscal Cáceres y los muros abandonados de un proyecto de hospital no le pertenecían.

Cuando regresábamos del extremo más lejano desde la quebrada de Puracuti hacia la parte alta de la ciudad, a la altura de Soquiaccato, el doctor Morote se detuvo y nos invitó mirar hacia abajo, allí donde se encontraba el corazón de la ciudad colonial, rodeada de un cordón de huertos y de tunales. El rector, señalando con el brazo extendido hacia la plaza mayor, nos dijo: el corazón de Huamanga es su universidad, su sangre y su espíritu deben correr por las calles de la ciudad y alcanzar a todos sus habitantes; y volviendo el rostro para mirar al cerro de La Picota, agregó: hay que proteger a Huamanga, hay que volver a darle a La Picota su espíritu de *sacha* monte protector, hay que reforestar lo que los ayacuchanos han destruido y tomado sin devolver nada, hay que hacerlo para evitar que se desnude el cerro y entren a la ciudad las llocllas de lodo y piedra que costaría mucho limpiar, darían gran afán al alcalde, mortificando la salud de los ciudadanos y pondrían en riesgo la propia vida.

A los pocos años, el profesor Nicolás Roulet, de la Cooperación Técnica Suiza, diseñaba para la universidad el

proyecto de forestación del cerro La Picota. Arriba cabuyas, al medio molles, abajo tunales, en los sitios de tierra suave y profunda tara y huarangos; retornarán las palomas a hacer nidos, las cuculíes a cantar y el cerro a tener abrigo, decía el rector al aprobar el proyecto.

Paulino Flores, sargento retirado, era el guardián de Pampa del Arco, quien se desplazaba en una bicicleta dura y seca que pedaleaba con fuerza, desde temprano recorría los linderos para sorprender y perseguir a los animales de los vecinos hasta ponerlos en el coso. El guardián se peleaba con los dueños, se insultaba con ellos. ¿Acaso es tuyo?, le decían. Sí, es mío, respondía; porque yo soy la universidad y la universidad dará más tarde educación a tus hijos, tú no entiendes porque eres bruto.

Un día de noviembre, al ver que los jóvenes estudiantes de agronomía hacían en *minka* el trasplante de árboles en La Picota, se acercó al profesor Roulet preocupado y le preguntó: ¿esto también voy a cuidar? Nicolás Roulet, sacándose el sombrero y poniéndolo serenamente sobre su pecho, le dijo: sí, pero serán mayores tus cuidados porque desde ahora serás el jefe mayor del ejército de los árboles, dirigirás su crecimiento hacia el cielo, les enseñarás a moverse con el viento; y tomando una rama se la dio, diciendo: toma tu espada, es de oro; desde hoy te nombro capitán, serás el capitán Flores de La Picota. Don Paulino se quedó callado y con los ojos llorosos y extendiendo sus brazos al cielo, respondió: sí, acepto, seré el capitán de La Picota.

El proyecto avanzaba. Cada fin de semana los jóvenes estudiantes subían más y más arriba plantando molles, taras, tunas; haciendo andenes y zanjas. El capitán Flores redoblaba su esfuerzo; en un viejo y destartado camioncito llevaba todas las mañanas cilindros de agua que trasegaba a los baldes que los practicantes subían hasta la cumbre y el cerro empezaba a cubrirse de verde y las palomas a hacer nuevos nidos. Dos años después, una tarde de lluvia intensa, apareció en mi casa el profesor Roulet y entregándome una capa impermeable y un casco, me dijo: vamos a La Picota a ver cómo cae el agua. La lluvia caía sobre las pequeñas

matas, sobre los jóvenes arbolitos y, hecha agua, corría por todas las canaletas perdiéndose dentro de la tierra para aparecer limpia y clara al pie del cerro. Mire, me dijo, ya no caerán lloclas sobre la ciudad, ya no tendrá gastos el municipio y no se enfermará la gente. A un costado, el capitán Flores, sonriente, jugaba orillando con su bastón el agua buena de La Picota.

A NUEVE AÑOS

El próximo año se cumplen nueve años de la reapertura de la universidad y hay que hacer un gran reencuentro entre los promotores y los que ahora, gracias a ellos, habitamos esta casa, nos dijo el rector Efraín Morote Best, y lo tenemos que hacer con alegría y, para celebrar beberemos un vino nuestro, joven, de las viejas parras coloniales de Wayllapampa y usted ingeniero Navarro tiene que hacerlo, y mirándome, me dijo: usted profesor trate de que así sea.

Vencido el mes de enero luego de copiosas lluvias Walter me buscó para decirme que las uvas no maduraban, no fermentaría bien el mosto, y que así no habría el esperado vino.

Fuimos a advertir al señor rector de la situación y este le preguntó al ingeniero Navarro: ¿qué hacen los dioses en malos tiempos para tener buen vino?, Walter respondió, endulzar el jugo de la uva, y agregó, pero no es legal. El rector contestó, de la ley me encargo yo, ustedes encárguense de lo suyo y quedó concluida la visita.

Pidió a su secretaria llamase al doctor Guzmán Barrón expresidente de la Corte Superior de Ayacucho, y representante legal de la universidad en Lima, a quien pidió revise las leyes de todos los tiempos referidas a la elaboración de vinos y encuentre la argucia legal que nos permitiera hacer buen vino. A los pocos días llegó la respuesta; en una vieja ley no derogada, un artículo permitía agregar zumos dulces de frutas en el proceso de fermentación; el rector nos dijo que, en extensión analógica, debíamos entender que también se podía aplicar miel del azúcar.

Ahora, agregó, hay que cubrir el secreto, busquemos el hombre adecuado, nos dijo, y fuimos a Wayllapampa a entrevistar a todos los trabajadores del fundo; el actor tiene que ser casi mudo, obedecer ciegamente y no revelar su misión, nos dijo el rector. El señor Peña era el cuidante de la granja de conejos, saldo del programa de introducción de conejos angora en Pampa Cangallo; era licenciado

del ejército y saludaba militarmente llevando la palma de la mano a la sien, al tiempo que decía, mi señor rector y en posición militar esperaba la orden. Él es el hombre, dijo el rector.

El rector, mirando fijamente al señor Peña, le dijo: tiene usted que cuidar la maduración del vino, así como cuida los conejos; nadie debe entrar a la bodega y además tendrá que agregarle para que no se tuerza, durante cuatro noches, de preferencia en noches de luna nueva y disfrazado de macho cabrío, una pócima dulce que le entregará el ingeniero Navarro; sí señor rector, respondió, pero yo no soy cabrío señor rector. No hijo, le dijo el rector, te pondrás solo una máscara y nada más. Sí señor rector, respondió, y volvió a saludar militarmente.

A los cuatro meses teníamos un exquisito vino que el rector probó a satisfacción y que Walter guardó en un pequeño tonel. Se cerraron puertas y ventanas para que el vino creciera en silencio y tranquilidad hasta las fiestas.

Llegó el día el 3 de julio, aniversario de la universidad; vinieron los gestores, y los viejos amigos que bajaron de un inmenso cuatrimotor de la compañía Faucett: los recibimos con flores y abrazos, y con la música de la tuna en arascas los llevamos hasta los vehículos.

Luego, en el paraninfo, la ceremonia académica, el discurso magistral del doctor Lumbreras; y al término, bajamos al patio de La Higuera, donde tomaron vuelo cientos de palomas blancas de las manos de los niños del colegio Felipe Huamán Poma; luego vino el paseo ceremonial de banderas y estandartes por la plaza mayor con el cuerpo profesoral y estudiantes por facultades.

En Wayllapampa, las pachamancas olían a alfalfa dulce y las cruces de los padrinos, con sus flores marchitas, habían ya inclinado sus testas y esperaban a los invitados.

Varios años atrás, el ingeniero José Castañeda, a quien los estudiantes cariñosamente llamaban El Tigre, había inventado el tigrol pócima especial para desparasitar a los nuevos ingresantes. Era una mezcla preparada en cántaro de barro con cerveza negra, amadrinada con el aguardiente de uva del fundo y chichas de molle y de jora. Con el tigrol se iniciaban todas las fiestas de la Facultad de Agronomía.

Ese año, el señor Peña había sido designado miembro del comité de recepciones del fundo, y en esta fiesta recibía en la puerta de ingreso a los visitantes, con quienes, al unísono se escanciaba un copón de tigról; ebrio total, sin embargo esperaba la cata del vino que él había ayudado a madurar.

Dos secretarias, con finos azafates de plata vertían, en copas el vino que aparecía de una fina manguerita que salía del vientre del barril, que Walter abrazaba amorosamente.

Monseñor Mac Gregor, rector de la Universidad Católica, elogiaba el color del vino; el arquitecto Santiago Agurto, rector de la Universidad Nacional de Ingeniería probándolo, comentó: qué sabor, qué aroma, Efraín, le dijo, ¿qué secreto tienes?; desde el fondo, dando codazos apareció Peñita y a viva voz reveló el secreto.

Al día siguiente, una Resolución Rectoral destacaba al señor Peña al Bioterio de Biología, allí se encargaría de cuidar los ratones blancos hasta su muerte.

DE HUAMANGA SEÑORIAL



LA SEÑORITA OCTAVIA

Venían todas las noches: el ingeniero Benjamín, el que entró montado en su caballo a la catedral en Semana Santa, haciéndolo arrodillar frente al altar y recular hasta la puerta; su primo, don Euri, que se frotaba permanentemente las manos; el flaco Seis y Cinco, que tenía doblado el cuello a la derecha y El Bulla, hermano menor de los Jáuregui.

Octavia era una joven delgada; atendía la cantina de su madrina. Tenía la carita dulce y los ojos vivos, muy vivos. Tímida, parecía una paloma asustada, había venido de la hacienda Ahuayro de Chincheros.

Señorita Octavia sírvanos un pisquito, de la viñaca, mamita; otra rueda igual, “mamá”, me decían.

Estaban buscando una reina para las fiestas del carnaval. ¡Carajo!, decían, tenemos que ganarle al Cau-cau Mendivil con una candidata más linda que la suya. Hay que comprar todos los votos para ganar.

Cada noche contaban los votos que habían vendido para su candidata. ¡Mierda!, con esto no ganamos, decían. Tenemos que buscar otra mejor y pedían: “una ruedita más niña; mañana te pago lo de hoy; lo que te estoy debiendo de ayer; fiadito nomás, mamá; apunta en tu cuadernito, a mi cuenta sin desconfianza, niña”.

Una noche, en la que tampoco tenían candidata, comenzaron a ser cariñosos conmigo, me comenzaron a decir que era linda, que mis ojos eran como la cebada, mi pelo como los trigales, mi boca como un suspiro y mi cara como una manzana coloradita; así diciendo me cantaron y al irse me dijeron: mañana vamos a venir, arréglate bien bonito, vas a ser nuestra reina.

Esa noche me arreglé, me lavé el pelo con romero, mi carita pinté con chapas y mi boquita con colorete. Me puse una blusa blanca, un pañuelito al cuello y ajusté mi falda de flores con una faja negra. Me dieron discursos, me cantaron con guitarras y me subieron a la mesa, diciendo: “¡viva la reina!”, ya tenemos reina, ¡viva la reina! Esa noche no les apunté en el cuadernito.

Desde ese día fui la reina de todas las huamanguinas, gané por miles de votos, así dijeron. “Por miles de votos y por la voluntad suprema de

nosotros, tus súbditos, te elegimos nuestra reina, serás la reina Ucucha". Entonces, me dije, seré como María Parado de Bellido; lucharé contra los curas, obispos, generales y hacendados que quieren tenerme como trofeo de machos. Yo no me venderé ni me comprarán los milicos, ni los feriantes de semana santa. Defenderé mi honra, mi virginidad. Y tendré novios de otros lugares, ¿cómo serán?, ¿serán viejos?, ¿jóvenes? ¿Cómo será el amor en otros lugares, como aquí, a veces cochino, a veces lindo?

Pero un día me iré lejos de este pueblo porque hablan mal de mí. Mis novios me llevarán a otro país que tenga chacras de maíz, un río grande, con sauces y flores. Me iré donde me quieran y me respeten, donde no haya pobres, donde no haya hambre. Allí jugaré en el campo con otras niñas, riendo, cantando. Y ya no seré reina, seré Octavia nomás, como en Ahuayro.

LA REINA UCUCHA

El doctor Morote me contó que la señorita Octavia era una dulce, pequeña y aguerrida mujer que estaba enferma de sus ideas. La habían enfermado unos jóvenes haciéndole creer que era reina, y que el presidente de Francia, el sultán de Arabia y el general Perón estaban enamorados de ella.

Caminaba por la ciudad acompañada de un desaseado y perturbado poeta de quien decían había perdido su cargo de secretario en el diario *El Comercio* por ebrio, y quien le había metido en la cabeza que el capitán Fuentes la quería desposar siendo un falso capitán, un hijo de mula malnacido.

El doctor Cárdenas, médico venido de Huanta y profesor en la universidad, atendía en una vieja y casi derruida casona de la plaza mayor. Su consultorio estaba arreglado como gabinete de adivinatoras gitanas, sobre el tapete de la mesa de centro en la sala de espera un gran recipiente de vidrio exhibía conservado en alcohol un inmenso quiste ovárico, un pequeño letrero decía: “cortar para curar”. El doctor era el cirujano principal del hospital, pero en su consultorio atendía todas las especialidades; así había montado el primer laboratorio de análisis de orina, para el diagnóstico del embarazo. Sus socios y promotores, decía, eran los profesores universitarios que hablaban en las cátedras del amor libre. En una poza del traspatio, dos alumnos de biología criaban cientos de sapos para las pruebas de Galimanía.

Aquejado de un dolor de garganta un día fui a visitarlo. Al entrar me preguntó: ¿y la muestra de la chica? Le respondí: no hay chica, no hay muestra. Entonces, ¿a qué ha venido?, me dijo sorprendido. Por la garganta, doctor. Abra la boca, diga: ¡Ahhh!, me ordenó; hay que operar, espéreme.

Mientras hacía el recuerdo de mi reciente operación de amígdalas, entró al consultorio una pequeña mujer que el ayudante hizo pasar rápidamente al gabinete del doctor; este, entregándole una carta, le dijo que era de Argentina, del general Perón. Era la

misma mujer que un día vi entrar al claustro de la universidad acompañada del poeta; tenía puesto un viejo sacón azul y lucía la cara pintada como la de una muñeca, los labios delgados y rojos. Buscaba al profesor de francés, recién llegado de París; le habían dicho que le había traído regalos del presidente Charles de Gaulle. El portero mayor de la universidad, don Alcides Pacheco, les dirigió hacia el salón donde se encontraba el profesor; tocaron la puerta, la empujaron un poco y en la pequeña sala André Bernard, se sorprendió de ver a la perturbada y escandalosa Ucucha, quien a gritos le reclamaba la caja de joyas y de perfumes. André Bernard que no entendía nada, le pidió a don Alcides retirar a esta atrevida mujer. El poeta cerró la puerta amaneradamente, y se pasó por la cara sudorosa el gran pañuelo de seda que colgaba siempre del pequeño bolsillo de su saco.

Luego se fueron caminando por los portales de la universidad, cuando un gentil ciudadano japonés residente en Huamanga, que oficiaba de agente de la empresa Faucett, le avisó que tenía un pequeño paquete que le había enviado de París el general Charles de Gaulle. Se lo entregó y en la guía se leía: “Para la señorita Octavia reina en Huamanga: perlas de Arabia.”

Un día, comentaban los profesores de la universidad en el cafetín de La Higuera, que se había perdido un cofre de regalos de un nuevo galán de la reina Ucucha, el rey de Marruecos. Alguien lo habría recogido de la agencia de aviones militares por cuyo medio había sido enviado; sospechaban del administrador de la agencia, quien habría regalado las joyas a sus hermanas, conocidas como las señoritas turcas. Enterada la reina Ucucha las persiguió en los portales hasta jalarles los calzones, acusadas de habérselos robado.

Compartía yo la casa con un matemático doctor que dictaba sus clases con un mandil impecablemente blanco y con corbatas siempre rojas y de quien decían estaba perdidamente enamorado de una bella profesora ayacuchana a la que regalaba no solo sus galantes piropos sino también las joyas de la reina Ucucha. Ella, enterada del embuste, vino en la madrugada a gritar delante de mi

casa llamándolo ladrón, maricón, y acusándolo de regalar sus joyas y ropas finas a su amante.

El poeta aconsejó a la reina Ucucha que buscara un arma para protegerse siempre, porque el bastón del capitán Fuentes era la funda de un fino sable militar, y ella encargó a los matarifes del camal le buscasen la verga seca y dura de un burro que escondía dentro de su saquete, no fuera que ese que llamaban el capitán Fuentes, la faltase.

Una tarde le dijeron que el capitán Fuentes la había tratado como una dama ordinaria y sin talento, ella fue a buscarle al centro de la plaza mayor, donde le gritó: ¡malnacido!, ¡hijo de mula!, y levantando el mortífero instrumento, lo amenazó de muerte. El capitán se alejó caminando lentamente y girando su bastón como Quijote enfrentado a un molino de viento.

La Chapaca, una mujer que peleaba la vida a brazo partido y daba consejos se los pidieran o no, enterada de las demandas de amor de los novios de la reina Ucucha, la buscó para aconsejarle certificar su virginidad con un documento oficial y, ofreciéndole su apoyo, la acompañó a buscar a su tío el alcalde de la ciudad, don Alfredo Vivanco, a quien Octavia le dijo: tío, tú me conoces desde Ahuayro, yo no conozco varón, certifícame mi virginidad, don Alfredo llamó al secretario para que preparase una ordenanza certificando la condición de señorita núbil de la reina Ucucha.

EL CAPITÁN FUENTES

—Perdone usted caballero, perdone mi atrevimiento, a sus órdenes y mandados, soy el capitán Fuentes.

Vestía con esmerado cuidado un gastado terno oscuro, camisa blanca de hilo y corbatín en el cuello. Un corto gabán azul colgaba de sus hombros y apoyaba su cuerpo enjuto en un delicado bastón.

—Lo he visto pasar varias veces —me dijo—, ¿se dirige por ventura al templo de la sabiduría?

—A la universidad voy, sí señor.

—Entonces conozca usted el local de La Higuera, que fuera antes estercolero de la corte; conozca usted, señor mío, tan noble institución, que el ilustrísimo arzobispo don Cristóbal de Castilla, hijo bastardo del rey, fundara para curar la insania de la mente y la pobreza interior.

El capitán Fuentes era un joven señorito, me aseguró Margarita. Era primo de los Falconí y del negro Azpur, a quien un grupo de jóvenes huamanguinos convencieron de que era capitán, porque el grado militar era de toda la familia, y la sociedad de Ayacucho necesitaba un caballero, como él, para luchar contra la maldad de la gente.

—Pues vea usted, mi señor, que estando yo en Italia con alto mando militar, fui requerido a servir en esta casa mayor por don Fernando Romero, marino de menor grado, y siendo digna la empresa y temiendo que no habiendo quien con sapiencia le aconseje en tan difícil misión, es que acepté y aquí estoy. Perdone que lo moleste con tanto entretenimiento, pero si lleva usted prisa...

—No, no tengo prisa.

—Así es —dijo—, en Huamanga nadie tiene cosa urgente que no pueda esperar, por ventura todavía hay tiempo para que la vida camine con tranquilidad.

Y moviendo su bastón, inició un acompasado andar, el que acompañé atento, casi llevándole el ritmo.

—Pues le decía, mi señor, que aprovechando mi ausencia, mis enemigos políticos, que no tengo de otro tipo mientras en misión me encuentro en esta bella ciudad, dieron mi cargo por abandonado, reteniendo mis emolumentos, que como alto dignatario tengo yo el derecho de recibir, y por ello me encuentro en penosa situación. Fueron de la conjura don Manuel Prado Ugarteche, que solo tiene de macho las bolas como guindones, y el obispo de la diócesis por su ignorancia divina. Perdone usted que de esta forma me exprese, es que el daño que sufro es grande, debo la pensión a don Julio, el dueño del Bacarat, la propina a mi sobrina y la renta al dueño de la posada.

—¿Y no ha reclamado usted?

—Amigo mío, ¿a quién? ¿Al miserable truhán presidente de la patria, quien por su mal natural protege a los malandrines y a los deshonestos? ¿Reclamar al señor juez, que lleva torcido el cuello por el peso de sus injustas sentencias? ¿Al capitán de la plaza, oficial de menor grado celoso de mis saberes en materia militar? ¿Al prefecto, que es un perfecto ignorante en materia de gobernar? ¿A quién reclamar justicia en este país sin que lo traten de loco? Poco podemos hacer los que somos gente honesta; los vivos, los traficantes, los que tienen registrado el carnet del partido gobernante y los que tienen padrino pueden hacer lo que quieren. Inclusive, mire usted, hasta faltarme el respeto corriendo voces falsas de que yo sostengo amores con una pobre mujer que ha perdido los talentos, cuando a usted puedo confiarle que tengo en cambio prometido mi pecho a una dama muy hermosa, pudiendo acceder al ruego de tantas otras que muestran interés por mí.

—¿Con quién le calumnian, señor?

—Con doña Octavia, mi amigo. Una insensata mujer que está enferma de sus ideas y ha perdido los alcances. Y que la gente gusta en llamarla la reina Ucucha. Y aunque yo no lo creo, dicen que es amante de sultanes, presidentes y marqueses que le envían cofres llenos de perfumes, ropas finas y cuentas para collares en aviones militares. Quien conoce estos asuntos, y ruego su discreción, es el dueño de la agencia de aviación que toma de las remesas parte para

sus hermanas, unas mujeres muy grandes que las conoce la gente como las señoritas turcas.

—¿Y quién trama esas cosas?

—¡Ah!, oiga usted, un aprendiz de doctor, que tiene en sus aposentos un útero inmenso como oráculo grotesco, es quien anima a la pobre y otros de su condición que quieren verme en desgracia, haciendo el detestable oficio de intrigantes. Ellos son quienes en ánimo violento han armado a doña Octavia con mortífero instrumento: la verga seca de un asno que esconde en su sacón de tres cuartos, que siendo pequeña ella, más lo arrastra que lo lleva. Y, en confianza, sepa usted que sus bienes los administra un matemático doctor que, sin reparo de bien, sustrae de los caudales las prendas de más valor y en desigual competencia las obsequia en su nombre a mi dama prometida.

Mientras caminábamos dando vueltas a la plaza mayor vimos pasar a los clérigos, al obispo, al presidente de la corte, a los jueces, al rector y a la señorita Octavia.

—Capitán, yo ya me marchó.

—Señor mío no lo voy a retener, permítame concluir. A causa de mi desgracia por saber lo que sé, tengo que suplicar adelantos y hoy que en necesidad me encuentro, ¿podría usted socorrerme con una libra que tenga desocupada?

—¡Cómo no! Tenga usted dos.

—No, mi señor, mi necesidad es poca, tomo una y basta. Espero quedar su amigo y saldar tan generoso servicio cuando, desde Italia, me remesen mi mesada.

Lo dejé tomando asiento en una banca del parque, y al dirigirme al portal de la universidad, vi a una pequeña mujer entrar al patio de La Higuera y salir luego presurosa. En una mano blandía una especie de falo inmenso y endurecido y, en la otra, apretaba unos papeles amarillos, mientras el poeta y narrador grandilocuente de las gestas heroicas de la Batalla de Ayacucho apuntaba al centro de la plaza, invitando a la reina Ucucha a iniciar batalla contra el capitán Fuentes.

DON MANUEL, EL CORRESPONSAL DE PRENSA

Todos los martes don Manuel esperaba nervioso el ómnibus de Hidalgo que le traía los cincuenta fajos de *El Comercio* con los diarios de la semana anterior; para sus suscriptores de Huamanga los entregaba el *opa* de la familia, para los de Huanta los remitía con el señor Ruiz, dueño del único vehículo que a diario hacía la ruta a Huanta, y para los de Cangallo los enviaba con un arriero amigo.

Más tarde recibía los envíos de *La Crónica* y *Última Hora* y discretamente, con el nombre de “variedades” también recibía *La Tribuna*, que repartía secretamente entre los compañeros del partido aprista. Los días en que había vuelos recogía de la agencia Faucett el envío de *El Comercio* y *La Prensa*; diarios, decía él, con la categoría suficiente como para viajar en avión.

Hacía tiempo que sus clientes le reclamaban que se publicasen noticias de Ayacucho. Tú no envías nada, solo vendes; necesitamos que todo el Perú sepa lo que pasa en la tierra de la libertad americana, envía noticias buenas que nos hagan quedar bien. La primera que salió sobre Ayacucho en la página policial del diario *Última Hora*: “Bella muchacha huamanguina enfría a marido por celos”; según el texto, Huamanga tenía más de una loca mujer celosa. A los clientes no les agradó nada el artículo, Huamanga era tierra de heroínas, y en adelante no le quedó más recurso que enviar solo notas deportivas, así es que se hizo reportero gráfico.

Ingresaba gratis a las competencias y como socio del club Flecha todas las noticias eran sobre básquet: “Triunfo del Flecha en Huancayo”, “Flecha campeón en Andahuaylas”, decían los titulares e ilustrando las notas periodísticas aparecían las fotos de Pepe Arias, del campeón Rosi. Gracias a sus noticias los ayacuchanos fueron conocidos como los mejores basquetbolistas de toda la región sur del país.

Las distancias se acortaron, los viajes se hacían en menos tiempo, los periódicos llegaban ya no en tres sino en dos días y, en los días de avión el mismo día; con los cambios, don Manuel pasó

a la categoría de pequeño empresario de medios de comunicación y distribuidor de diarios de la capital y también atendía los encargos de revistas argentinas como *Leoplan*, *Billiken* y *La Hacienda*.

Una corte de chiquillos distribuía y vendía en la calle los periódicos, en la puerta de su tienda exhibía todos los días las páginas de portada y las noticias relevantes y, recortándolas, las pegaba en una gran pizarra, sobre todo si eran de deportes, “para culturizar a los mirones”, decía.

Habilitó como local de distribución su viejo bar ubicado en la calle principal, que guardaba el recuerdo de los borrachitos que, al regresar a su casa, oteaban para ver si don Manuel estaba mirando la puerta, no fuera a verles y a apuntarles en su cuaderno de clientes morosos y deudores. La tienda estaba próxima al atrio de la iglesia de La Compañía y todavía tenía los viejos anaqueles donde exhibía los licores más extraños en raras y exóticas botellas: vinos españoles, champán francés, ron jamaiquino, mistelas y vermut italiano.

Cuando salieron los álbumes de figuritas, don Manuel, fascinado, pasó de vendedor a coleccionista apasionado que competía con los niños en la búsqueda de la figurita difícil y se especializó en canjear las que faltaban. Deportista al fin, mandó pedir pelotas de fútbol y de básquet y los primeros buzos y chimpunes a cocos. Todo lo que no se vendía se guardaba y don Manuel cada vez estaba más cerca de la puerta, empujado hacia afuera por los saldos y los encargos no recogidos.

Siempre con sentido de servicio, aceptó traer mantequilla de Laive, enlatados de Chulec, manjarblanco de Bazo Velarde, duraznos chilenos, portolas españolas, salames italianos y otras exquisiteces que se iban posicionando de la parte central de su tienda.

Cuando le conocí, atendía los pedidos sumergiéndose dentro del establecimiento como si se perdiese en un bosque denso y oscuro para reaparecer sudoroso, fatigado, abriéndose paso para mostrar el paquete de anchoas de Vigo que mamá Elodia le había encargado para el santo de Marcialito. Para cerrar la puerta del negocio reunía todo lo que se encontraba en la vereda y juntando las hojas de la puerta lo atrapaba y empujaba todo con ellas y cerraba con fieros

candados. Al día siguiente, al abrir la tienda, todos los libros, periódicos, quesos, latas y pelotas se desparramaban y tomaban la calle como buscando aire.

Siempre tenía una sonrisa en el rostro, una buena noticia en los labios y una bolsa de caramelos en el bolsillo para los niños tristes que no podían comprar el álbum de los campeonatos de fútbol. Nunca dio una noticia escandalosa, nunca dijo lo que no era, nunca se ocupó de la honra de la gente; así de honorable y generoso era don Manuel.

JUANCITUCHA

En la calle principal de Huamanga, en la segunda cuadra a partir de la plaza mayor, frente al local del antiguo rectorado, vivían dos señoritas hermanas y Juancitucha.

En la parte delantera de una casona casi ruinosa, donde funcionaba convertida en albergue una escuelita fiscal de niñas pobres, las hermanas tenían una pequeña tienda. En ella, al fondo, en una vieja estantería reposaban desde viejos tiempos frascos de vidrio decorados con arabescos, botellas de viejos coñacs y vinos aromáticos envueltos en telas de araña; en el mostrador, latas con el vientre protegido por gruesas lunas de colores guardaban caramelos ordinarios, galletas endurecidas por el tiempo y grasosos chocolates sin platinas; delante, en la puerta, un gran cesto de mimbre estaba lleno de manzanas arrugadas, de naranjas secas, de estampas, botones, estatuillas, incienso, palos de olor, pasas secas, pasadores y cintas para las trenzas de las niñas.

El producto de las menudas ventas en monedas de diez y veinte centavos se guardaba en latas de té de Ceylán y de chocolate inglés; a un costado, en el piso, velas encendidas chorreaban su esperma en caprichosas formas y se consumían en torno a la imagen de Cristo Nazareno enmarcado en un cuadro de lunas cubierta con caca de moscas. Era casi un pequeño santuario, donde oficiaban como devotas beatas las dos hermanas, que peinaban un moño alto, llevaban el cuello cubierto por pañuelos floreados traídos de Francia por el presidente de la corte pariente de una de ellas y envolvían sus cuerpos con holgados hábitos carmelitas.

Juancitucha había venido del valle del Apurímac muy joven y en seguida entró a servir a las señoritas beatas. Ellas lo catequizaron, lo educaron, le hicieron rezador y tuvo un lugar en la vida. Él tenía que atenderlas, ayudarlas, cubrir los mandados, atender las exigencias de mama Victoria y defenderse de las acusaciones del Juliucha de hacer cochinadas.

A cada venta de escapularios, rosarios o imágenes santas, Juancitucha completaba el valor con rezos de avemarías, padrenuestros o jaculatorias; de su cuello colgaban, junto con variados escapularios, coloridas corbatas.

Especialistas en hábitos mortuorios, las beatas agregaban a cada ajuar de muerto cordones, capuchas y estandartes y Juancitucha rezaba intensa y febrilmente y cantaba dolorosamente el San Gregorio. En la fiesta de Todos los Santos, cada 2 de noviembre, iba al cementerio a cantar los responsos. Cuando el difunto descansaba en Lima o en Huancayo, cobraba la tarifa de Entel, la empresa nacional de telefonía; a ver, decía, anda a llamar por larga distancia, cuánto te va a costar.

Después de la fiesta de la Inmaculada Concepción en diciembre las hermanas comenzaban a arreglar el nacimiento, limpiaban todos los animalitos del pesebre y pegaban sus patitas quebradas, sembraban trigo en todas las latas que tenían y desempolvaban los niños Jesús guardados en cajas de zapatos forradas con papeles de colores. Había niños cusqueños, huamanguinos, limeños; niños de España, de Francia, de Praga; niños campesinos, callejeros, pastores, niños músicos. Armaban una estantería que desde el suelo subía al techo desde donde descendían tules rosados y acomodaban en cada piso animalitos y niños; era el arreglo mayor de toda la ciudad. Una columna de floreros de toda forma lucía geranios y margaritas, clavelinas y cartuchos; del cielo raso pintado de azul añil colgaban algodones que simulaban nubes.

Cuando murió la última de las hermanas, Juancitucha lloró y rezó, se colgó todos los escapularios, se ciñó los cordones de todos los santos y todas las corbatas y recorrió con sus delgadas manos cien veces las cuentas del rosario de palo de Jerusalén que les trajera mamá Elodia de Roma. Colocó en el piso todas las velas que quedaban en la tienda y vinieron a rezar las beatas de todas las cofradías ayacuchanas.

Un aplicado estudiante de derecho, pariente recién aparecido en el velorio y doloroso deudo, recogió a Juancitucha, calmó su llanto y su hambre, le confeccionó un terno azul, le compró zapatos nuevos en la feria de Medio Mundo en San Juan Bautista y lo vistió

con camisa blanca y brillantes y coloridas corbatas; en pago se quedó con la tienda. Más tarde lo convirtió en su amanuense.

Pero Juancitucha no era el mismo, extrañaba a mamá Victoria, su oficio de rezador, las propinas de las piadosas señoras que compraban estampitas. Sin hogar, sin lugar, comenzó a caminar por la ciudad buscando ser como antes el reconocido rezador sobrino de las hermanas beatas. Una tarde, al crepúsculo, en la hora del ángelus, tocó mi puerta y con su sonrisa de ángel bueno me pidió una corbata.

LA RUBIA MIREYA

Yo no soy contrabandista señor prefecto, yo soy una mujer sola que teje para vivir, para mantener a sus hijos para hacerles gente de bien, respondió doña Tránsito.

Le han mal informado, comandante, le han mentido mucho, yo no mato vicuñas para lograr su lana. ¡Ay!, señor, cuando suena un tiro me desmayo. Me traen, me ruegan los arrieros que traen la lana, desde Puquio la traen. Yo lavo, escarmeno y finito hilo en las tardes, sentada en el corredor cuidando a mis hijos, mis manos como alas de mariposa, mis dedos vuelan. Tejo cantando, riendo, conversando, eso hago señores, no soy contrabandista.

Cuando recibió la citación de la prefectura fue a pedir consejo al doctor Cavero que leía en latín todos los introitos de su defensa y amenazaba a los jueces con mandarlos al infierno si no dictaminaban a su favor. Hija, le dijo, no hay crimen si no hay cuerpo del delito, tú no has matado nada. Lléales un regalito para sus esposas y con mucha delicadeza les entregas el regalo. Sin pedir, hija, nada; sin pedir justicia que ese don no existe en la tierra: mire esta linda chalina, suave, calentita, para su señoría, señor fiscal; esta mantita de vicuñita para su hija, señor prefecto.

Los Chaud vinieron de Siria, eran cuatro entre hermanos y primos, aquí se quedaron. Algunos regresaron a traer a sus novias; los otros enamoraron a señoritas huamanguinas. Todos eran comerciantes, vendían chales, casimires, colchas; hablaban bonito, sus ojos moros miraban con dulzura, tenían siempre en sus miradas la tristeza de sus desiertos de arena.

Me casé muy joven, enamorada de su color moreno, de su delicadeza, de su mirar gitano. ¡Ay!, me decía, señorita mora huamanguina, qué me habrás hecho tú para quererte con colirio en vez de delirio. A los pocos años de casada enviudé y guardo para él mi corazón lleno de amor.

Cuando mi hijo Jesús creció, aprendió a cantar tangos y a fumar; quería ser doctor y estudiar en Buenos Aires, de tanto escuchar la radio sería, allí quería ir.

Un día se marchó. Le tejí una chalina de vicuña para el frío del viaje, otra para abrigar la ausencia; sentí que quería recorrer el camino que traje a su padre, le rogué entonces que regresara.

Comencé a tejer más, mucho más: chalinas, mantones, chales, la lana de vicuña se iba a Buenos Aires en monedas de nueve décimos. Mandaba para la casa, para los libros, para la ropa, para el vino, para el café. Mamá, me dijo, para la piba; también para ella mandaba, separadito iba todo.

Muchos años estuvo fuera. Sus cartas cariñosas me llegaban con los olores de los barcos cargueros de trigo de las pampas argentinas y en cada una venía una postal con fotos de Gardel, de Libertad Lamarque y la letra del tango de moda. La radio de Buenos Aires traía las voces de ellos cantando milongas y tangos bravos y en mi mente veía a Jesús, mi hijo, bailar el tango con una rubia.

Regresó hermoso, cuánto había cambiado, era moreno, tenía los ojos y la sonrisa alegre de su padre. Sabía bailar como un dandi, eso decía. Mira vieja, así tenés que coger la pareja; así tenés que sentir el tango, vieja.

Desde que llegó, detrás de él vinieron las cartas, el cartero pasaba todas las semanas: carta para el doctor, ¡carta de la pampa argentina!, anunciaba.

Un día me dijo que tenía que volver. Los amigos, vieja, el barrio de La Boca, la universidad, los catedráticos, el Río de la Plata; el Teatro Colón. Yo decía entre mí: la noviecita argentina. No pudo volver. Las cartas se espaciaron, el cartero no volvió a pasar más.

Una noche de suave lluvia, perfumado el aire de jazmines y rosas, fumando un cigarro que se consumía con volutas de humo mientras escuchaba en Radio Buenos Aires la voz de Gardel, Jesús, mi hijo, me cogió del talle, me elevó en sus brazos y haciendo los pasos del tango me dijo: vieja, yo dejé una novia, le juré mi amor, le juré volver, vieja, de tanto esperarme se marchó con otro. En Radio Buenos Aires, Carlos Gardel cantaba La rubia Mireya.

LA ENCANTADORA TÍA, PROTECTORA DE LA LEJANA NOVIA

Cuando tomé en alquiler el departamento, paréntesis arquitectónico de la vieja casona de la familia para mejorar las disminuidas rentas, me sentí feliz. Era un lugar bello: un corredor de lajas de piedra y en los pilares de madera colgaban enredaderas de porcelana con sus ramilletes de flores blanquísimas. Al fondo, un rincón cálido con una tosca mesa de madera con dos poyos cubiertos con pellejos de oveja hechos para conversar. En el patio bordaban en arabescos pequeñas, delicadas y fraganciosas violetas y, en el centro, un añoso jacarandá torcía sus brazos para abrazar la casa. Al fondo, en la casona, vivían los propietarios; se subía allí por una escalera de piedras labradas. A un costado un angosto pasadizo alcanzaba el patio posterior y llegaba hasta la huerta de ciróleros, nogales e higueras.

A los pocos días de instalado, la dueña tocó delicadamente mi puerta preguntando si podía pasar. Cuando me habló clara y dulcemente, quedé enterado que había asumido la responsabilidad de cuidarme. Yo era un joven que le recordaba a su hijo y por eso doña Herminia, una dulce y animosa dama, se ocupó de mí y buscó quien hiciera la limpieza de mi cuarto y se ocupase de lavar mi ropa; las camisas y los ternos los enviaba ella misma a la lavandería.

Días después apareció su hija, venía de sus vacaciones en Lima, estudiaba en la escuela normal de Huamanga; era una muchacha guapa, de ojos grandes muy bellos, que entraba y salía soliviantando mi espíritu, como dicen los centroamericanos. La miré con ojos ambiciosos, ella me lanzó un cuchillo helado.

Una tarde doña Herminia vino a verme y me dijo que el sábado me invitaba a un *lunch* de bienvenida. No he podido venir antes, me dijo, porque viajé a Lima. Yo acepté entusiasta, con seguridad estaría ella. Esa tarde no estuvo, apareció entrada la noche, acalorada y bella. Y yo quedé muriéndome de rabia.

La peste aviar llegó a la ciudad y doña Herminia me pidió salvar las especies de su gallinero; entonces me di maña para condicionar

mi tarea al apoyo de su hija. Ese sábado ella estaba alegre y pícara, linda con su falda acampanada. Corríamos juntos detrás de cada gallina, pollo o pavo y ella con que sí, con que no, con que no puedes y yo que sí, que puedo y cuando atrapábamos un animal solo miraba sus bellos ojos y sus pechos turgentes, mientras pinchaba al animal en cualquier parte. Cuando creí haber avanzado y apreté con mi mano la suya que sujetaba un gallo, lo lanzó al techo, al tiempo que me daba una cachetada; el gallo cacareó escandalosamente.

Más tarde caí enfermo con varicela. Doña Herminia me visitaba a diario y ella se mataba de risa diciendo que de eso se enferman solo los limeñitos y maricones. Yo decía: espera que te agarre; y ella: a ver si puedes. Una tarde que vinieron juntas para ponerme vinagre Bully, la mamá regresó a buscar el frasco de alcohol que había olvidado y yo aproveché para lanzarme sobre ella. Me gané un rodillazo, un soberbio sopapo y encima un jalón de pelos.

No entendía, la tesis del corralito no funcionaba. La mamá quería, pero la hija nada, su respuesta salvaje no daba aliento. Había que transar. Me presentaría a su amiga si yo dejaba de perseguirla. La amiga aceptó mi amor y ella reveló el suyo; pero la mamá reaccionó de lo peor, tenía celos espantosos de la amiga de su hija.

Cuando formalicé mi compromiso con la novia huamanguina, doña Herminia me dijo: ¡ay, me muero de vergüenza!, que habrá usted pensado, el día que llegó a mi casa yo viajé a Lima y fui a visitar a mi primo Víctor; su hija, una linda chica, me dijo: tía, en Ayacucho esta mi novio, cuídamelo, y por eso lo cuidaba sobre todo de mi hija.

AMADEO BARBOZA

El señor Vega era un migrante más, vivía por largos periodos en el puerto de San Francisco en el río Apurímac. Había visto montar la Balsa Cautiva que se dejaba llevar por la fuerza del río para salir más abajo en la orilla opuesta; años más tarde también asistió a la colocación del puente de fierro que unía Ayacucho con Cusco y que poco a poco articuló el desarrollo de Kimbiri con Ayacucho.

Un tarde tibia, al borde del río, Vega me contó que al igual que los conquistadores españoles, seiscientos años más tarde los *mistis* de Huamanga y los indios quechuas de Huanta, San Miguel y Tambo bajaron al valle; bajaban, me dijo, con sus ovejitas lanudas, sus burros pardos y sus *jepis* trayendo su *charqui* y su chuño; quemaban los bosques para hacer sus chacras y los animales huían selva adentro. Así arrinconaron a los ashánincas quitándoles su bosque. Con el apoyo del Ministerio de Agricultura establecieron en Pichari un proyecto de colonización, construido con maderas de pino de Canadá.

Estos invasores, me dijo, no sabían vivir en el bosque, no tenían respeto al río, no entendían los cantos de los pájaros, tenían los pies toscos como sus vacas y sus ovejas, todo lo pisaban; tampoco entendían de las costumbres y de la vida familiar y social de estos grupos humanos, viniendo en llamarles despectivamente *chunchos* para señalar su condición de timidez.

Al escucharle recordé que el señor Parodi, colono en el valle, llevó de Lousiana, su fundo, al Club 9 de Diciembre a un grupo de familias ashánincas para presentarlos vestidos con su tradicional *cushma*, y con sus caras pintadas sorprendían a las niñas huamanguinas. Para la sociedad señorial de Huamanga que solo miraba a Lima, la selva del Apurímac era un mundo extraño y sus habitantes hombres casi invisibles.

El señor Vega también me contó que de tanto cube que echaban al río ya no habían peces, y que los jóvenes pescadores tenían que viajar hasta el encuentro con el Mantaro, donde recién encontraban a los grandes peces y luego de pescarlos, los ataban a la

canoa, pastándolos de dos a tres días hasta tener un buen número de ellos y recién subir río arriba con su peque-peque jalándolos como ganado.

Todos en el valle saben que un día Amadeo Barboza, jefe de los ashánincas, fue apresado y conducido a la cárcel de Ayacucho acusado de bigamia. El teniente gobernador de Otari lo había denunciado en venganza por haberse llevado a vivir con él a la muchacha que también él pretendía. Desde la cárcel don Amadeo recordó al doctor Efraín Morote, con quien anduvo por la selva cuando don Efraín andaba estudiando las comunidades selváticas, lo mandó buscar y le contó la causa de su prisión.

Don Efraín buscó a su amigo el doctor Carlitos Velarde Álvarez, presidente de la corte, y le propuso dictar un ciclo de conferencias sobre las culturas originarias y sus derechos. “Tú sabes, Carlos, que las leyes nacen de las costumbres de los grupos sociales, estableciendo para ello códigos y normas que se deben respetar y que hay tantas, como grupos humanos existen.”

El presidente de la corte de Ayacucho dispuso que, durante un mes, los jueces y fiscales asistiesen todas las tardes al salón consistorial para escuchar al doctor Morote sobre los usos y costumbres de los pueblos originarios y conocer las particularidades de la conducta social de las tribus del Apurímac y, exigente como era, les encargó temas a investigar.

Al poco tiempo se inició el juicio, el doctor Morote asumió la defensa de don Amadeo y la sala, sin escucharle, emitió sentencia condenatoria; el defensor apeló y perdió. Los jueces sus alumnos se escudaron en el Código Penal y don Amadeo le dijo: así nomás es doctor, nosotros siempre perdemos, yo ahora me defenderé como se defienden los *mistis*.

Al poco tiempo fue declarado inocente y liberado y al visitar al doctor Morote, le dijo: les he mandado unos sobrecitos con unos billetitos, así es siempre, doctor, la justicia tiene siempre precio para nosotros.

DE LOS INDIOS
Y SEÑORES DE
PUQUIO



COMO CÁRCEL, LA CIUDAD

Cuando le conté al abuelo que tenía que viajar a Huamanga solo me preguntó, cuándo viajaba. Todas las tardes de esa semana se encerraba en su escritorio para dictarle a la tía Rosa, experta mecanógrafa de la familia, las cartas que llevaría para sus amigos huamanguinos; me las dio en la víspera, eran tres; me pidió que las entregara personalmente, las cartas dicen lo demás, me dijo. Al despedirnos volvió a decirme: no demores en entregarlas.

El primer día caminé por la ciudad. Huamanga, capital de la Región Ayacucho, era una bella ciudad. El segundo día busqué las cartas y visité primero al doctor Federico Ruiz de Castilla, pariente lejano del abuelo; vivía en la quinta La Tartaria, llena de hortensias y de enredaderas con blancas y delicadas flores, de las llamadas flor de porcelana. Luego visité al señor Moisés Cavero, que era respetado y querido como el maestro formador de jóvenes que era. Don Moisés tenía una esposa muy dulce y tres hijas solteras y muy piadosas: Daría, Justa y Soledad; esta última era la menor, dueña de unos bellos ojos y una sonrisa alegre. La última carta, dirigida al señor Manuel Bustamante, la entregué más tarde, cuando atraído por la belleza de su nieta María Luisa, cumplir el encargo era un pretexto para volverla a ver.

Muy poco recordaban al abuelo, tuve entonces que reconstruir la historia de su viaje a Huamanga.

En Puquio, en los años veinte, durante el gobierno de Leguía, la familia se enfrentó a sus enemigos políticos y en el transcurso de una pelea fue muerto un sobrino del diputado protector de la familia opositora. La policía señaló como responsable al tío Arístides, líder carismático y hermano del abuelo, quien para protegerlo se atribuyó la muerte del joven y se presentó al puesto de la guardia republicana. Dese preso, le dijo el capitán, y en diez días prepare su viaje a Huamanga, allí será juzgado.

El abuelo llamó a sus sobrinos, compadres y dispuso su viaje. Al décimo día se presentó en el puesto policial. No tengo policías,

señor, regrese usted en cuatro días, le dijo el capitán de la plaza. No, capitán, el viaje está ya preparado; deme usted la carta y el oficio para el señor prefecto, no requiero protección ni cuidado, respondió. Con los documentos bien guardados partió a Huamanga, adonde llegó luego de seis días de viaje.

Ya en Huamanga, se alojó en la posada del jirón Huanca Solar y al día siguiente se presentó ante el prefecto a quien explicó la razón de su presencia; le mostró la carta y el oficio que llevaba. Luego de leer ambos documentos, el prefecto le dijo: señor mío, bienvenido a Huamanga, su asunto no corre prisa, alójese donde mi comadre que da pensión a visitantes como usted y venga luego de unos días cuando haya descansado del viaje, recién entonces veremos al juez.

Al poco tiempo se dio la sentencia: el abuelo era un preso político, y tenía como cárcel la ciudad; debía permanecer en Huamanga un año. El último día de cada mes se acercaba a firmar el libro de comparecencias en la corte y dejaba en la mesa del secretario una libra de oro para los gastos de oficio.

Invitado por el prefecto conoció Huanta y San Miguel, el tío Federico lo llevó a las Pampas de Cangallo y a su fundo Santa Rosa de Cochabamba, en Socos, y los viernes por la tarde jugaba rocambor en el Club 9 de Diciembre con sus amigos huamanguinos.

Vencido el año encargó a sus sobrinos que le trajeran bufandas de vicuña que regaló a sus amigos al despedirse. El abuelo regresó a Puquio con el recuerdo de las campanadas de la iglesia mayor de Huamanga a la hora del ángelus.

EL TÍO BERNARDINO

Dicen los fieles de la parroquia de Luren, en Ica, que el padrecito Bernardino murió en olor a santidad y los campesinos de Utec Pampa que el curita Moya fue muy bueno, nunca engañó a nadie. Los caminantes de los caminos de Puquio a Lucanas y a San Juan cuentan que se han encontrado muchas veces con el caballo blanco del doctor Moya, que caminaba muy despacio, al ritmo de la lectura, hoja por hoja de su misal.

A inicios del siglo, recién tonsurado, el curita de Zaragoza fue destacado a la diócesis de Huamanga en el Perú. Pobre y sin relaciones no tenía alternativas: o aceptaba una parroquia en los pueblos del sur, como evangelizador de indios o nada. La curia huamanguina le hizo sentir su poder.

Comenzó su servicio en la parroquia de Pauza, allí bautizó a los niños de Sacraca, pastores tempranos de cabras cuyo destino era ser desolladas vivas para ser odres de los vinos de Cháparra y Caravelí; luego pasó a Pullo, pueblito de veredas empedradas con diseños moros; de Huamanga vino el cambio a Huancasancos, donde debía doblar los diezmos para cubrir los gastos del seminario y las reuniones de las beatas de las cofradías huamanguinas con el señor obispo, servidas con vino dulce, bizcotelas y mixturas del convento de Santa Teresa. La cofradía era muy rica y los ganados de la iglesia se vendían cada año en presencia de un comisionado del obispado de Huamanga que traía sus propios compradores, negociantes de Ccarmenca en arreglos con la curia, que el curita Moya denunció en mala hora, fue proscrito a Ccochapata y San Cristóbal, parroquias menores, porque el curita español no pertenecía a los escogidos, era como muchos curas, solo párroco de pueblos de indios.

Una vez al año viajaba a Lima a comprar los nuevos libros de la vida de los santos que nos obligaba a leer mi madre, los nuevos misales, estampitas, casullas y estolas. Vestía su correcto traje negro y un sombrero de fieltro finísimo, pero nunca lograba lustrar

sus zapatos, los tenía como lanchones, decían mis tías. Hacía las remesas de dinero a sus parientes pobres de España y aprovechaba para engordar sus ahorros en el Banco Italiano, que se los llevó cuando quebró.

Mantenia su acento aragonés y, al predicar, se valía del sacristán para transmitir en quechua los salmos, y en el púlpito resolvía las prédicas leyendo el misal y los santos evangelios. No era jugador, no bebía, no tenía mujer, ni sobrinas, estaba perdido.

Años más tarde, luego de su peregrinaje por Otoa, Laramate, fue removido a San Juan de Lucanas gracias a la influencia de la familia, que acudió al poder político de los senadores ayacuchanos para suavizar el rigor de la curia de Huamanga, porque la actitud reclamona del padrecito Moya molestaba mucho al señor obispo.

Huamanga señorial y religiosa era Roma, allí estaba el poder que distribuía los curatos en función de la riqueza de las diócesis y de la obediencia de los curas. Los terrenos del Santísimo servían para sostener los gastos de las fiestas religiosas y los rebaños del Señor para los gastos del seminario y la curia huamanguina.

Recuerdo la cara de mi madre cuando el tío anunció la visita pastoral del obispo a San Juan de Lucanas, era de sorpresa y felicidad. Luego pensó en ganar la simpatía del obispo a favor del tío Bernardino. Pidió prestados a toda la familia cubiertos de plata y platos de loza inglesa. Se reunieron todas las mantas finas de los parientes y, un mes antes, la tía Virgilia recolectó huevos en los barrios campesinos de Puquio para atender los batidos y los ponches matutinos del señor obispo y su séquito.

Nos llevaron a todos los hermanos a San Juan y nos alojamos en casa de los parientes Benavides porque la casa cural estaba en ruinas que el tío jamás arregló. En la casa se colaba el viento por todas partes y las gallinas habían hecho sus nidos dentro de la sacristía. Una tarde descubrimos en un balay capillos de bautizo con monedas de nueve décimos que guardamos en nuestros morrales.

En la mañana del día del paseo del Santísimo, cogieron todas las flores de retama de las chacras de Accola para señalar el camino de la procesión. El obispo salió a paso lento y grave, caminaba

debajo del palio y vi sus medias moradas y sus zapatos con hebilla de torero. Las colchas de las tías estaban de alfombras.

Luego vino el banquete en una carpa armada en la plaza. Los principales se sentaron a ambos lados de largas mesas, al centro de las cuales se habían servido papas, quesos, habas tiernas y fuentes de chicharrón y cuyes; los *comun runa* en cola recibieron un mate con mote, papas, chicharrón y un vaso de vino dulce. Mi hermano se atragantó con un hueso y le llevaron corriendo ante el señor obispo pidiendo su bendición, este golpeó en su cuello y todos en murmullo dijeron ¡milagro! cuando arrojó el hueso.

El tío Bernardino no perdió nunca la idea de hacer la América a su modo; en Pullo denunció la mina de Breapampa junto con don Agustín Arias Carracedo, un español buscador de minas; y además prestaba dinero a los principales del pueblo, a los parientes ricos y amigos pudientes, aplicando un justificado interés, porque, según él, la plata del Señor, no podía debilitarse. Así le prestó al tío Julio que quería comprar una chacra vecina, a don Benigno para que rescatase su fundo entregado en prenda, al tío Juan para que comprase su camión y a la tía Herminia para resolver la honra mancillada y casar a su hija.

Cuando murió dejó una larga lista de deudores que mi hermano, estudiante de derecho, reclamó para ejecutar las cobranzas. Todos habían pagado, “cómo no le iban a devolver al curita Moya si era tan bueno; recibito no, no era necesario, no había ninguna desconfianza”. Así, la esperanza de ser ricos con la única herencia familiar fue desvaneciéndose con cada respuesta.

EL ARRIERO DE CCARMENCA

Yo no tuve necesidad de ir a Huamanga y conocer a los arrieros de Carmen Alto, los conocí en Puquio.

Guillermo Soto había venido de Huamanga y estableció su taller de zapatería en Puquio; trabajaba animosamente todo el año, salvo en carnavales, cuando él y sus operarios se transformaban en tunantes, cantantes y músicos ebrios que al ritmo de la tinya, quena y charangos ganaban la calle principal e invadían todo el pueblo; los chiquillos puquianos los seguíamos llevando el ritmo del carnaval, de las arascascas y de los huaynos en las esquinas.

Pasadas las fiestas, subimos un día a la estancia de la puna con mi padre, los pastores nos contaron que esa semana habían pasado los arrieros huamanguinos con sus mulas bien aperadas, sus caballos de astana y sus burros cargando sus ollas, un carnero degollado y algunos palos de leña. Llegaron, don Maxi, decía Rajuel Carvajal, el vaquero mayor, ya casi de tarde a la estancia vecina conocida para tomar descanso. Primerito bajó la esposa y ahí mismito armó su fogón, colocó la olla y se puso a cocinar la cena; mientras los hombres descargan y se llevaban los animales a abrevar en el arroyo y luego al pasto. Después de cenar se pusieron a conversar y nos contaron lo que habían pasado caminando todo el día; uno de ellos sacó su charango y se puso a tocar y cantar, cansados se durmieron y en la mañana, muy temprano, la señora preparó la comida mientras traían los animales y preparaban la carga. Cuando todo estuvo listo, se juntaron para comer y después se marcharon.

Los arrieros pertenecen a la estirpe de los comerciantes de la Colonia que iban de Huamanga a Tucumán y Salta en el norte argentino, sus viajes eran largos y comercializaban de todo según la estación del año; compraban en un pueblo lo que vendían en el próximo, todo vendían y si no, lo inventaban. Recuerdo que mi primer par de zapatos vinieron de Huamanga; como las frazadas con las que nos cobijábamos, y los pequeños San Marcos con su

santos serios, las galletas duras, el café y las barras de chocolate, todo, lo traían ellos.

Fueron los arrieros de Carmen Alto los que dieron a los huamanguinos esa mala fama de ser ladrones y mentirosos y así los representan en las fiestas de los pueblos.

Antes de las Fiestas de Mayo llegó de viaje don Isidro, venía cada año de Huamanga; entró a la casa saludando cálida y afectuosamente. Papá don Maxi, ¿como estás?, le dijo a mi padre, del año pasado estoy viniendo papá; cada año vengo a visitarte; ¿por qué así me estás mirándome todo serio? Porque me debes del año pasado le respondió mi padre. Sí, papá, por culpa de esa mujer, ahora don Maxi con otra ya estoy viniendo; lo que te estoy debiendo del año pasado, todo te lo voy a pagar, y mirándole con seriedad, le dijo: dame papá cenadas para mis animalitos.

No tengo forraje, le dijo mi padre.

Sí tienes, papá, allí estoy viendo, aunque no sea *alfita*, mas que sea *lastrojo* para mis animalitos, dame don Maxi.

Tenía la simpatía de los gitanos andadores, de los fabuladores. Afectuoso y alegre, don Isidro te conquistaba; representaba a los carmenaltinos que en Huamanga roban mujeres ajenas encantándolas con sus lisonjas y sus manducas.

Don Isidro insistía, para unos nomás, papá, dame forraje, los otros no saben comer, se van a quedarse en el callejón; van a mirar nomás, papá. Cuánto tiempo te vas a quedar, preguntó mi padre. ¡“Jesús María”, don Maxi, recién he llegado a tu tierra y ya me estás corriendo que me vaya!, ¡tengo que hacer mis negocitos papá! Yo te voy a avisarte para irme.

Solo tengo pasto por unos días y arreglaremos las cuentas antes de que te vayas, y mirando al capataz, le dijo, cuida bien lo que hace el huamanguino; cualquier día se marcha como el año pasado, sin pagar.

Mientras mi padre atendía a un comprador apareció mi madre. ¡Madrecita!, exclamó y acercándose a ella, le dijo: madrecita para ti te he traído esta lanita fina, finísima de alpaquita para que te lo ganes. María, no compres nada a este hombre, dijo mi padre. Papá,

¿por qué dices eso a tu esposa?, en Huamanga las esposas respetadas son, y volviéndose a mi madre volvió a repetirle: qué fina, limpia y suave es, por aquí pasan los compradores de Arequipa; pero yo no les puedo esperar, tú mamá véndeles, gánatelo, y mi padre volvió a decirle que no compre. Yo hago lo que me parece, dijo mi madre.

A los pocos días amaneció en la casa el mayordomo gritando: el huamanguino se ha ido, ya no está; tampoco nuestro caballo. Carajo, dijo mi padre, otra vez; vamos detrás de él. Le alcanzaron subiendo la cuesta para dejar Puquio. ¡Ay papá!, por eso me estará doliendo mi cabeza, algo me habré olvidado don Maxi. Sin pagarme te estás yendo. Papá no digas así, siempre te voy a pagar todo junto lo que te debo de este año al próximo año, don Maxi, te voy a pagar. Y mi padre preguntó indignado, ¿qué hace mi caballo aquí? Tu caballo, papá, nos está acompañando.

A los pocos días pasó por Puquio el tío Carlos Carvajal, comprador de lanas de alpaca y vino a la tienda por la lana que tenía mi madre; abrieron los sacos y comenzaron a ver y pesar: primer vellón alpaca blanca y finita; segundo vellón alpaca gruesa, luego lana de llama gruesa y manchada; ¡ay María!, dijo el tío, todavía falta el peso que me has dicho, y vaciando el costal encontraron piedras envueltas en vellones de lana de oveja. ¡Cómo le estará doliendo la cabeza al huamanguino!, dijo mi padre.

CAPATAZ PUNTA DE CARRETERA

Muy temprano salimos de Puquio con el ingeniero jefe de la Oficina de Caminos, él iba a controlar el avance de la carretera al pueblo de Andamarca y yo a conocer a los soras, agricultores de las laderas y repisas andinas.

En las afueras de la ciudad, al borde de la carretera, nos esperaba la maestra de Cabana, una muchacha muy joven, de ojos bellos y dulces y de pelo negrísimo, arreglado en dos largas y gruesas trenzas. ¡Ay, ingeniero!, dijo al subir, estaba mirando si venía tu carro.

Don Silvio, el capataz, nos esperaba. Era un hombre joven, de mediana estatura, moreno, de brazos y manos fuertes y de rostro dulce y sereno.

Por aquí ha caminado la carretera en su ausencia en los últimos meses, ingeniero –dijo–. Por allí va a seguir –continuó–, arrimándose al cerro para buscar su fuerza; va a subir despacio para no cansarse y por esa loma va a bajar al río para pasar por el puente que vamos a hacer. Una carretera, ingeniero, como la gente nomás es, sabe hacer su camino.

Avanzamos entre arbustos de *mutuy* que habían florecido amarillándolo todo: el cielo, el camino, los árboles de molle que abrían sus brazos para invitar a los pájaros a tejer sus nidos en ellos.

Llegamos a la punta del cerro, donde estaba el campamento. Muros de piedra con techos de paja componían las chozas, el viento silbaba metiéndose por todas partes. Don Silvio nos invitó a entrar a su choza. Dentro, en un rincón, unas pocas piedras negras y unas cuantas ramas secas hacían el fogón que acogía algunos tiestos de barro; a un lado, sobre el piso, pellejos encima de los cuales se habían tendido gruesas mantas y ponchos hacían de cama, de una sogá tendida de pared a pared colgaba la ropa.

Esta carretera avanza, mi ingeniero, con barreno, con pico, con dinamita, puro brazo, ingeniero.

He venido a relevarte Silvio, tienes que ir a otra carretera.

No, mi ingeniero, yo no me voy, esta es mi carretera. Yo vine hace dos años con mi hijo pequeño; su madre nos dejó en la soledad cuando partió al cielo, con él vine cuando la carretera estaba allá atrás todavía, donde está ahora ocultándose el sol, allí llegamos. Cada día con la carretera avanzamos, y cada día él crecía un poquito más; por la loma caminaba la carretera y mi hijo con su alegría, con su risa, nos acompañaba.

Una noche llovió mucho, mi ingeniero, y en la choza el frío entró por todas partes. La calentura le agarró, su carita como brasa quemaba, en mis brazos, ingeniero, se me murió.

La carretera siguió caminando, ingeniero; pero cada mañana yo ponía en su tumba las flores del campo y cada día que avanzaba la carretera, más temprano tenía que ir a su tumba a dejar mis flores. Cada día más lejos, más temprano, más lejos, corriendo, ingeniero, regresaba a alcanzar la punta de la carretera.

No me voy, ingeniero, esta es mi carretera, la hicimos juntos, él y yo juntos, con nuestras alegrías y nuestras penas. Las carreteras, ingeniero, no las hacen los ingenieros, las hacen los capataces punta de carretera.

EL TORO NEGRO Y FRONTINO DE LA QUEBRADA DEL PACHACHACA

Todos los años, después de la Pascua de Resurrección, los ganaderos de Puquio salían de viaje a Andahuaylas, a Chalhuanca y a Abancay a comprar ganado.

Durante los meses de lluvias los alfalfares habían ya retoñado, crecido y esperaban con sus flores lilas a los toros que vendrían desde lejos a apacentarlas.

Sabino López, su compadre, que había antes acompañado al abuelo, iba ahora con mi padre. Era el laceador más famoso de toda la región, laceaba a pie, a caballo, de cerca y de lejos; dicen que laceaba a los toros más bravos y a los potros cerriles de las pampas de Ccoñañi que corrían bajando y escondiendo la cabeza, él levantaba el lazo del suelo para sujetarles la cabeza.

Viajaban por dos meses a comprar nuevos toros y a recoger los que habían quedado del año anterior porque estaban arando o porque todavía no estaban maduros; cuando estén en su cuerpo te los entrego, pues, decían los dueños.

Entre los toros comprados en el fundo Yaca de don Adrián Montes estaba un torete negro y chillo con testa fuerte y frontino, bello y altivo, al que marcaron con hierros de fuego en la pierna y en el asta izquierda le pusieron la contramarca. Desde que lo sacaron de su querencia caminaba volteando la cabeza y queriendo regresar. Cuando vadearon el Hatun Mayo, que había crecido con la fuerza de las aguas nuevas, se dejó llevar por ellas para salir más abajo y regresar a su pago, solo se veía su cabeza levantada y la punta de sus astas; entonces don Sabino lo laceó desde la orilla –el lazo volando sobre la espuma del agua hasta alcanzar sus cachos y abrirse sobre ellos ajustándolos– y lo recobró trenzando el lazo en un molle frondoso.

Desde el abra, para dejar la quebrada, se veía el camino largo de la subida y cuando el toro negro frontino llegó a ella, volteó para ver por última vez, lejos, abajo, su río, su sitio.

En los alfalfares de Puquio durante el invierno, el toro parecía que pensaba en su suerte y que recordaba la quebrada caliente del Pachachaca.

Dos meses después, las puntas de ganado que ya habían engordado eran arreadas hasta el puerto de Lomas, a cinco días de camino; allí se esperaba al barco carguero que venía del sur y que aparecía en las noches con las luces encendidas como un vapor brillante.

En la mañana se iniciaba el embarque, se subía el ganado en una chalupa que luego mar adentro se acoderaba al barco, desde este se amarraban los toros con unas fajas anchas y se les elevaba con un tecele para depositarlos en la bodega.

Cuando alzaron al toro negro frontino se soltaron las amarras y cayó al mar y nadando alcanzó la playa, salió junto a los matorrales y en ellos se perdió. Mi padre y sus arreadores fueron a rastrearlo por donde había salido; le buscaron todo el día, sin encontrarlo, al día siguiente, y no lo encontraron, y al tercer día, y no lo encontraron. Mi padre al retornar a Puquio encargó que lo siguieran buscando todos los días y por todas partes; nadie encontró al toro negro frontino.

Al año siguiente volvió mi padre a comprar ganado al mismo lugar y al mismo dueño; cuando marcaban los nuevos toros comprados, don Sabino le avisó: ¡compadre, este toro ya está marcado!, tiene nuestra marca; es el toro que no se embarcó, compadre.

Cuentan que los toros tienen también su querencia, sus montes, sus ríos, que cuando les sacan de ellos se entristecen y los buscan y que por eso levantan su cabeza bramando.

Mi padre me dijo que el toro negro había caminado de regreso sin que nadie le viera, al principio solo de noche, se escondía en las sachas; más tarde había encontrado una plantita pequeña junto a los puquios que hace invisible a los animales y que por eso no le veían. Había caminado muchos días, muchas noches, para llegar desde Lomas a su querencia en la quebrada caliente del Hatun Mayo del Pachachaca.

TORITO SARDO *TURUCHA*

Cada año después de las lluvias mi padre subía a las estancias de la puna, el pasto había crecido y engordado el ganado, las crías nuevas retozaban en los potreros y en los majadales.

Don Maxi, este año haremos jugar nuestro toro sardo en la plaza de Pichccachuri, le dijo Rafael Carvajal, el vaquero; ya está en su cuerpo, papá ya tiene fuerza. Don Max pensaba: crecerá todavía y recién lo engordaré y lo llevaré a Lima.

Todas las familias tenían su estancia en la puna y Rafael Carvajal era el vaquero en nuestra estancia; no podía pronunciar su nombre, decía solo Rajuel y así le conocí.

Don Maxi, míralo, aquí ha nacido, en esta puna ha pasado fríos, aquí se ha hecho toro con el pasto tierno de la *soclla*, entre la tola, entre el *tankar*. Este toro, don Maxi, también mi toro es; yo le he criado con mi cariño, de mi mano ha lamido la sal azul de *warwa*, a mí me sabe mirar desde las *sachas*, desde las *queñuas*, diciéndome con la mirada de sus ojos que lo haga jugar.

No seas así, pues, don Maxi; te lo estoy pidiendo, papá; en la plaza del barrio para todos tiene que jugar; para el sol, para la luna, para el *apu*, para nosotros los *comun runa*, para los *mistis*, también.

Piña toro es su sangre, sangre de *misito* tiene. Es el viento, la lluvia, el granizo, los ríos nuevos están en su cuerpo para su fuerza.

Que así sea, pues, respondió don Max.

Rajuel Carvajal, el vaquero, lo acompañó hasta el pueblo. Lo sacaron de su estancia entropado con vacas madrinas. Antes de bajar a la quebrada para dejar su sitio bramó y levantando su hermosa cabeza pidió permiso a su *apu*, a su sitio. Los *waccra pukus* tomaban las voces de todos los cerros para despedirlo, pasaron entre los cebadales dorados de julio, entre *parhuas* de maíz, entre retamas floridas para llegar a *Ccanto Punku* y divisar Puquio con sus techos de paja cerca de la plaza, en el corral de vaquerías, los toros bravos, nerviosos, miraban llegar a los comuneros de los ayllus de Puquio

con sus ponchos de color nogal y a los alcaldes de vara que acudían a velar toda la noche. Rajuel le cantaba al sardo toro pidiéndole fuerza y alegría, entonces vinieron las arpas, los violines y los *waccra pukus* para acompañar el canto:

Wuacallay, Wuaca turullay turu
Niño turu, turuchay, turu

La plaza de Pichccachuri estaba convertida en ruedo. Desde días antes se habían armado las barreras, delante de la iglesia para las autoridades. Las familias principales armaban sus palcos con palos de eucalipto. Al frente, la falda del cerro estaba tapizada como un retablo con las polleras azules, verdes y lilas y los moñillos blancos, amarillos y rojos de las campesinas. La banda municipal tocaba pasodobles con redobles de tambores pueblerinos.

Al toro sardo lo lacearon y jalieron veinte brazos campesinos y lo animaron a salir las voces de todos los comuneros. Cuando estuvo en el centro del ruedo miró al cerro y nervioso, en cuidadoso giro, volteó para mirar la iglesia, a los principales, los *mistis*, y a los *comun runa* y levantando la cabeza buscó en el aire el olor de la tola, de la *soclla*, de las retamas y quedó quieto.

En los palcos, las niñas con sus sombreros de paño inglés y sus faldas domingueras decían: ¡ay, Jesús, qué lindo es! y los jóvenes *mistis* advertían en su cuerpo la fuerza de los cerros.

Rajuel se escurrió entre los palos y los postes de las barreras para ir hasta él y cuando estuvo cerca, tendiéndole el poncho con animoso gesto, le gritó: *turuu*, piña *turu*; este arrancó veloz carrera y recogiendo en sus astas lo izó al aire y se quedó plantado. Cuando Rajuel cayó al suelo, levantándose le gritó: *turuy* mierda, *sallcca turu* y se le acercó hasta tocar su cuerpo, hasta acariciar su frente y hablándole dulcemente le dijo: *turucha* sardo *turucha*; niño *turucha*, ¿acaso no me conoces?, eres su cría de la vaca negra callejona, ¿acaso no te cuidé del zorro, del león?; te he dado mi corazón, mi canto, te he llevado a beber el agua fresca de los puquios y burlándonos entre las *tankars* te enseñé a jugar. Ahora *turu* sardo *turucha* es tu suerte, *pucllay*. Y el toro sardo, el hijo de la vaca negra callejona, cuando

comenzó a tocar la banda municipal arrancó a jugar con la fuerza de los vientos, con la alegría de las gaviotas de las punas y pasó mil veces por los ponchos de los indios, por las capas de los *mistis*, para volver a ellos nuevamente y cuando todos le aplaudían desde el centro de la plaza, bramó para los cerros hacia la puna, hacia los puquios.

Rajuel llorando decía: toro machazo, papá Maxi; ahí está, pues, nuestro toro, papá.

El capitán de la plaza dispuso el perdón y mandó abrir la esquina del ruedo por donde salió el toro sardo para tomar la cuesta y regresar a su estancia. Los *quilinchos* acompañaron su retorno.

LA REEMPLAZANTE

Aquí comenzó mi vida de maestra y de mujer, porque me casé aquí. Cuando era muy jovencita quería trabajar, porque mi padre no podía atender la necesidad de ocho hermanos, la señora María me colocó aquí, con ayuda de su primo, el diputado.

Alejandro venía a la escuela a darme vueltas, los domingos me llevaba a su chacra a tomar leche recién ordeñada y a comer quesillo con chancaca. En la fiesta del pueblo me ofreció un toro que jugó muy bonito, de tanta serenata sería que comencé a quererle.

Para casarme regresé a mi tierra a pedir permiso a mis padres y encargué mi traje de novia, que mi hermano me lo trajo de Lima, era muy lindo. Trae un sombrerito modelo francés, me dijo.

Nos casamos en la iglesia del pueblo y fuimos haciendo la vida, vinieron los hijos y crecieron. Un día decidimos educarlos en Lima y me marché con ellos.

Dice Alejandro que la nueva maestra llegó como yo, asustada y tímida como una torcaza. Alejandro le buscó alojamiento y le ayudó a establecerse, a pintar la escuela; le invitó a la herranza y le regaló una potranca para sus paseos al pueblo. Seguramente también le daría serenatas.

Un día me llegaron noticias de que se entendía con mi marido, pero todo seguía igual, Alejandro venía a vernos regularmente y retornaba siempre muy pronto; había que atender la chacra, el ganado, decía.

Nunca faltó el envío de la encomienda con los productos de las cosechas; la papa nueva, los choclos verdes, las habitas tiernas; los quesos, la mantequilla y, en las fiestas, los panes ricos, los maicillos, las humitas y los asados. Los mandaba ella.

Regresábamos en las vacaciones y ella tenía la delicadeza de retirarse. Cuando yo retornaba a Lima, ella volvía a manejar la casa, la chacra, abría el corredor que yo había cerrado. Todo funcionaba en dos tiempos, en el tiempo mío y en el de ella.

Un día los hijos crecieron y se fueron y retorné a quedarme. Ella, antes de marcharse, limpió la casa, la dejó ordenada, en el florero dejó hortensias coposas y en la mesa una carta con las indicaciones para tratar la enfermedad de Alejandro.

¿Dónde estará ahora? ¿Extrañará nuestra casa, nuestro fogón, el sillón en el corredor, la flor de porcelana enredada en los pilares y en el jardín las hortensias que cuidábamos alternadamente?

El ala derecha de la casa permanece cerrada desde que se fue.

PUQUIO DECLARA LA GUERRA AL IMPERIO JAPONÉS

Mateo Garriazo era el peluquero del pueblo de Puquio, a todos sentaba en una silla de madera que suavizaba con pellejos apelmazados de oveja; a los *maqtas* los repelaba con un mate en la cabeza que utilizaba como molde y salían con el corte de paje inglés.

Un día apareció en Puquio un inmigrante japonés llamado Enrique Yumbe; buscaba un local para poner una peluquería para varones y tomó la tienda y trastienda del tío Clímaco. Arregló los ambientes colocando espejos grandes y floridas fotos de Rodolfo Valentino bien peinado a la gomina; un nuevo sillón de metal que se inclinaba, tapizado, decía, con piel de antílope de su tierra y una faja de cuero que servía para afilar las navajas con las que rapaba la barba de los señores *mistis*; en la trastienda colocó una mesa de juego una lámpara de pie y fotos de chicas fumando seductoramente.

Carlitos Manfredi era el subprefecto de la provincia, había sido enviado por el diputado Arangoitia con el interés de que se casara con su prima, la señorita Isabel; traía con él la elegancia acaramelada limeña y caminaba la calle principal del pueblo con gabán, calcetines de media bota, con un bastón labrado y empuñadura de plata; botaba de la vereda a los indios de las comunidades diciéndoles *suchuy suchuy*.

Casi todos los señores de Puquio abandonaron a Mateo Garriazo para hacerse repelar y afeitar con Enrique Yumbe, que preparaba una agua jabonosa perfumada y tibia, con la que untaba la cara de los clientes, con una brocha de pelo de camello hacía correr la navaja de las patillas al cuello, terminaba pasándoles una piedra de alumbre para cicatrizar los poros lastimados, asperjándoles con una bombilla, un fuerte perfume, olor a tabaco.

En las noches la peluquería daba paso a la sala de juegos, donde se preparaban los calentitos, allí solo entraban los clientes seleccionados por don Enrique por sus habilidades para jugar las cartas y su pasión por el juego; entre ellos estaban don Carlitos, el subprefecto, el tío Guillermo, don Demetrio, el abogado Arce que

ponía como seña su pistola en la mesa de juego, y de vez en cuando Carlitos Peñafiel, hacendado de Viseca. En el establecimiento solo se jugaba el rocambor

Carlitos Manfredi, el subprefecto, no tenía suerte, perdía todas las partidas, y siempre soñaba con un golpe magistral para recuperar las joyas que había tomado secretamente del cofre de su esposa; la primera vez fue el medallón de oro, que doña Isabel quería lucir en la cena con Rosita Garland, la esposa del presidente Manuel Prado, a su paso por Puquio. Una mirada acusadora fue suficiente para retirar a la señora Julia, ama de llaves, y vengarse de su poco afecto hacia don Carlitos desde que entró a la familia. La segunda, fueron sus aretes de filigrana de plata de Huamanga que quería lucir en el paseo al fundo de Manuel T. Calle Escajadillo, vuelto a elegir diputado; esta vez, Alicia, su sobrina, que enamoraba con el instructor de premilitar, fue injustamente acusada de haberlos tomado para agradecer al novio retrechero.

El tío Guillermo, buscador de minas, apostaba lo que eventualmente lograba tener por algún servicio o por un préstamo pagadero en el futuro cuando lograrse ser un próspero y rico minero. Carlitos Peñafiel, cuando iba, amenizaba las partidas con sus exagerados relatos, como el día en que cazó veinte venados con una sola bala, dando un giro en redondo a su carabina 30-30 al momento de apretar el gatillo.

El peluquero Enrique Yumbe, a los pocos años de su estadía en Puquio, tomó pareja y formó familia con una agraciada muchacha de Santa Ana que se llamaba Alicia, a la que él llamaba cálida y dulcemente Aricia; ella preparaba el café que obsequiaba a los jugadores y siempre tenía en su bolsón caramelos para los nerviosos apostadores.

Cuando Carlitos Manfredi recibió de Palacio de Gobierno el telegrama que le trajo alborotado el jefe de la oficina de correos, en el que se avisaba que el Perú había roto relaciones con el Japón y le había declarado la guerra, llamó al señor alcalde, al jefe militar de la plaza, al señor párroco, al señor fiscal provincial y a los cuatro presidentes de la comunidades para comunicarles que, en representación del

señor presidente de la república y por disposición suya, como jefe político militar, declaraba a nombre del pueblo de Puquio, la guerra al Imperio del Sol Naciente y ordenaba, por tanto, confiscar los bienes de los ciudadanos japoneses residentes en Puquio.

Esa noche, el señor subprefecto, su secretario, el jefe de la policía y el señor fiscal, se dirigieron a la casa del peluquero japonés para proceder a la confiscación de bienes, registrando en un libro de actas todas las joyas encontradas que fueron guardando en un cofre especial que le fue entregado en custodia a la autoridad política. Fue así como Carlitos Manfredi recuperó todo lo perdido en las noches de juego. Era el golpe de gracia con el cual soñaba.

Al día siguiente, el señor subprefecto, en su calidad de autoridad política y militar, mandó llamar a Enrique Yumbe, y colocándose la faja de autoridad le manifestó, que por estar casado con una dama puquiiana y ser padre de dos niños peruanos, estaba bajo su protección y que, por ser su amigo, merecía toda su consideración, y sentía mucho lo de la guerra y que él solo cumplía las órdenes de Lima: le recomendó que cerrase por un tiempo la peluquería, no fuera a ser que algún loco tramase alguna agresión.

Don Enrique cerró la peluquería, el cuarto de juegos, y al poco tiempo abandonó Puquio.

EL APAGÓN DE LOS SEÑORES

El billar quedaba a una cuadra de la plaza principal, en el camino a la escuela de niñas que dirigía la más bella profesora del pueblo, la señorita Julia Rosa.

Era una casa grande pintada de blanco. En una amplia sala de la parte baja, se alojaba la mesa de billar, en un segundo ambiente otras dos de billas, y en un cuarto pequeño y contiguo estaba la mesa de juegos, cerca una cocina donde se preparaban los calentitos y el trago macho. Un pasadizo conducía al patio, donde cartuchos y geranios rodeaban una caseta de latón y un urinario para hombres, dentro un asiento de madera tenía un corazón abierto para las posaderas.

Don Hernán, jugador eximio de las cien voladas, vendedor de baratijas, de sueños de riqueza y fortunas sin límite, buscador y cateador de minas, comisionista de embarques de ganado, y capitoste político de los líderes huamanguinos, era el dueño y administrador.

El billar era la institución más importante en la semana, solo la iglesia mayor le disputaba la primacía el día domingo. Era un ambiente de seducción, de espíritu licencioso; las beatas pasaban persignándose y cuchicheando. De cuatro a seis de la tarde entraban los escolares, de seis a ocho los *mistis* y *chahua mistis*, y de ocho hasta el final de las apuestas, los señores.

En Puquio los días pasaban sin prisa, el aire solo caminaba fuerte en agosto convirtiéndose en viento; la gente salía en las mañanas al campo y solo los escolares hacían vivir al pueblo; su tranquilidad solo se alteraba tres veces al año, cuando llegaba la señora Herminia, la peluquera, que siempre traía una amiga nueva como asistenta, y tomaba dos habitaciones en el hotel Los Andes. En una atendía a las señoras que acudían a hacerse la permanente y en la otra recibían en las noches la visita de sus amigos, quienes, decían, eran generosamente complacidos.

Utec era un pequeño pueblo próximo a la mina de San Juan de Lucanas y abanderaba el progreso de toda la provincia. Durante la semana no había nadie en sus calles, solo los perros flacos

caminaban sin cuidado; los sábados, día de feria, se llenaba la plaza de gente y en las noches el billar se transformaba en el escenario para el “Debut de estrellas”, según el programa, con bailarinas que venían de Nazca. Esa noche los mineros visitaban a las señoritas en los cuartos del hotel “El minero” y los jóvenes *mistis* de Puquio alquilaban el único carro disponible para ir a Utec también de visita.

Don Hernán quería para Puquio, como capital de la provincia, siquiera una noche de luces y de placer, así es que organizó una presentación artístico-musical; contrató al grupo especial de coristas que bailaba rumbas flamencas solo para los ingenieros de la mina, y para darle categoría al espectáculo comprometió la presencia de la primera autoridad política, con invitación especial y asiento en la primera fila; al capitán, jefe de plaza, con derecho a visitar el camerino de las artistas, y al señor párroco para que bendijera el nuevo paño de la mesa de billar.

Luego, convenció al maestro encargado de la iluminación municipal para que se declarase enfermo, y no saliese a colocar las lámparas petromax y así la noche ocultó al pueblo. Era como si hubiese desaparecido Puquio, como si el demonio lo hubiese ocultado. Nadie pudo salir de su casa; solo los señores invitados, con sus linternas de mano y a la misma hora iluminaban sus pasos camino al billar teatro.

El párroco llegó muy temprano, inauguró el paño nuevo de la mesa, deseando dicha y contento a los jugadores. El subprefecto abrió la noche refiriéndose a la belleza de la mujer, y el jefe de la policía elogió el patriotismo de las mujeres artistas. Abridado el ambiente por cien lámparas petromax, las niñas coristas al ritmo del chachachá iniciaron el espectáculo en un desfile excitante, mostraron sus piernas de ébano, sus pechos de bronce, las lentejuelas de sus breves tangas y las plumas de pájaros de la selva en sus caderas. Los señores perdieron la compostura; unos querían besar las piernas, otros tocar los senos, los más aguerridos morder las nalgas y las gargantas de diosas de las bailarinas, los tímidos comprar un beso, la vitrola tocaba ritmos tropicales y el primo Hugo no dejaba de darle cuerda sin parar.

Vencida la noche, agotado el licor y desfallecientes las lámparas don Hernán invitó a subir al segundo piso a un grupo de amigos que jalando y abrazando a las coristas, se metieron a los cuartos semiabiertos donde lograron el placer esperado.

Con los primeros rayos del sol, el día se hizo limpio y las campanas de la iglesia llamaban a la primera misa.

DE PUNO, DE PARÍS Y DE OTROS LUGARES



JORGE ACUÑA EN PARÍS

Llegó a París invitado al festival de Nancy entre los mejores mimos del mundo, me buscó en la Poupée qui tousse del barrio de Les Halles y describiéndome flaco y serio en su estilo de mimo, me encontró.

Al día siguiente nos reunimos en un café de la rue Saint Michel. Jorge vino con su intérprete brasilera, yo fui con Alicia, mi mujer; cuando el mozo apareció, le invitó a buscar en su canasta de mimbre los avisos que tenía escritos y fueron saliendo pañuelos, libretas, corbatas, sombreros cigarrillos, hasta que encontraron el letrero “BIÈRE”. Jorge agregó sus dos manos abiertas para decir diez, entonces el mozo se llevó el cartel y regresó con todas las botellas que Jorge le invitó a contar: eran diez.

A las cinco de la tarde, cuando aún era claro el día, salimos a la gran avenida y al dar el primer paso fuera del café, Jorge, el mimo, sintió que llovía; miró al cielo, llovía; extendió la mano, llovía; y sacó de su canasta un paraguas que abrió al aire, y nos invitó a cobijarnos dentro de él y comenzamos a caminar todos muy juntos; llovía terriblemente. Al final de la cuadra, Jorge volvió a sacar la mano, y no llovía; miró al cielo, ya no llovía; y guardó el paraguas en su cesto de mimbre.

Estábamos al borde de la pista y teníamos que pasar al frente, Jorge nos juntó nuevamente y tomándonos de la mano, en fila india, ensayó atravesar la pista. De pronto se acordó del policía y lo llamó con la mano, con los brazos, con el cuerpo, y llamándolo así le pidió que parara el tráfico, ¡que lo parase! Y el policía le respondió que no. Y él desesperadamente nos señaló a nosotros, y el policía contestó que no podía, y Jorge dijo que sí, que si no lo hacía seríamos atropellados, pisados por miles de carros. Y entonces el policía extendiendo los brazos paró los coches y vino a jalarnos hacia la otra vereda y avanzando despacio uno detrás del otro, tomados de la mano, nos salvamos. Alrededor nuestro se habían detenido muchas personas y estas rompieron a aplaudirnos. El mimo, entonces, abriendo los brazos, pidió aplausos para el policía.

Seguimos hacia el Sena y al llegar al puente de Saint Michel, Jorge me dijo: llévame al restaurant donde iba Vallejo. Le señalé uno donde tal vez habría estado alguna vez Vallejo; tenía una lámpara árabe y exhibía brochetas y lomos de cerdo. Entusiasta, apuntando con un dedo al café, Jorge compró a una florista un ramillete de rosas y empujó la puerta. Pasado el umbral se quedó quieto, se agachó y nos agachamos con él para saludar a todos; enseguida caminó entre las mesas entregando una flor en cada una.

El dueño vino a saludarnos y Jorge ordenó vino para todos y, cuando todos le miraban, llevó sus miradas a la puerta que se abría y por la que entraba una mariposa; corrió a recibirla en su mano, la presentó a todos y la invitó a volar soplando suavemente. La mariposa voló de mesa en mesa, de flor en flor. De pronto cayó y él corrió a recogerla, la levantó: parecía muerta. La puso sobre su pecho, junto a su corazón y, poco a poco, sus ojos comenzaron a brillar, su boca a dibujar una sonrisa y su cuerpo a balancearse suavemente. Vivía, la mariposa estaba viva, y avisó a todos que vivía y, precediéndonos, buscó la puerta y, soplando fuerte, la invitó a volar hacia el Sena. Cuando volteamos, todos estaban detrás nuestro agitando sus brazos despidiéndola.

Esa noche el dueño cerró el café y ordenó champán. Como Vallejo, me dijo Jorge, él pagó con una poesía, yo con mi corazón de mimo.

ALPAQUITA DE COLOR

Para los pastores alpaqueros aymaras, el color de las alpacas está ahí, en su *chuima*. Fácilmente se puede tener el color de alpaca que uno desea si cuando van a los puquios a tomar agua las alpaquitas preñadas se les asusta con un paño de color, diciendo a la vez ¡huay! ¡huay! Entonces, si queremos que una alpaquita nazca de color café debemos asustar a la madre con un paño color café mientras decimos ¡huay! ¡huay! y nacerá una alpaquita de ese color; si queremos que sea de color negro debemos asustarla con un paño negro en tanto que decimos ¡huay! ¡huay! y nacerá negra, negrita.

LA BELLA AYMARITA

Mis amigos puneños me contaron que en cada fiesta de la Virgen de la Candelaria el cielo puneño tiene una estrella más.

Una bella aymarita, preciosa bailarina en el conjunto del barrio de Santa Rosa, ganó el corazón de un caporal y este para protegerla de los diablos, la llevó a las orillas del lago y subieron a una barcaza para amarse. El lago celoso llamó al viento, que los llevó al centro y bajó un tornado que envolviendo a la bailarina la subió hasta el cielo; desde ese día Puno tiene una estrella más en su firmamento.

DON CIPRIANO EL YATIRI DEL HUACCSAPATA

Cuando asumí el cargo de jefe del proyecto en Puno los colegas puneños me dijeron que había que hacer un pago a la tierra y que debía challar la casa en la que vivía, compré flores de colores vivos: rojas de geranios y clavelinas; amarillas de retamas y sunchos, y las regué en la entrada para proteger la casa, y dentro en los zócalos de cada habitación para que entren espíritus de alegría y salud. A insistencia del sociólogo aprobé la ceremonia del *pagapu*.

Don Cipriano era un hombre delgado y pequeño, tenía unos ojos con su mirada prendida como de zorro; se dedicaba a su pequeña chacrita en las laderas del Huaccsapata y oficiaba de maestro *yatiri*.

A medida que preparaba la “mesa dulce” yo le preguntaba sobre todo; el altar es de grasa del corazón de llama y el agua es vida me dijo; las palomas son mensaje, noticia; los muñecos no son novios son pareja, todo es par en la tierra, uno solo es tristeza; todo tiene que estar, me dijo, en el *chiuchi* está la chacra, los cultivos, los animalitos, tú no vives solo, todo camina junto en la vida, tu casa, tu carro, tu oficina también y hay que echarle flores rojas vivas del campo para que la vida tenga color, dulces y caramelos para que sea dulce; ese charanguito es la música, también tiene que estar para alegrar la vida y acallar la tristeza.

Subimos de noche al *APU* Cancharani, y en una planicie preparó un horno con leños secos y bosta, y adelantándonos entregó al fuego la ofrenda que había preparado; al rato vino a nosotros y nos abrazó diciendo, en buena hora, en buena hora; y mirando el horizonte llamó a los *apus* de Lima, *apu* San San Cristóbal; al de Huamanga, *apu* Rasuwilka, y al de Puquio, *apu* Ccarhuarazo y extendiendo los brazos les envió en las alas de las palomas la buena nueva.

Esa noche pasamos a su cuartito y pidió permiso para leer la coca, no todos los días se puede leer; luego con mucha delicadeza y afecto puso en nuestras manos unas hojas de coca y nos invitó a chacchar; si está dulce dijo, felicidad va a haber, y tomando una copita de trago y fumando un cigarro Inca, dejó caer sobre la manta de llama las hojas de coca: hoja chiquita guagüita es; hoja ver-

de grande bonita es alegría, salud; bien nomás va a salir todo; hoja pálida sin color enfermedad es tristeza pues; hoja quebrada peligro, arrugada mal genio, está diciendo; la coca ingeniero, ella está hablando, no soy yo, la coca no es para daño, a nadie, agregó.

Tus hijos lejos están, tu esposa nerviosa no duerme, tú bien nomás vas a estar; así están diciendo las hojas; en efecto, me quedé en Puno varios años, mi hijos terminaron de estudiar, y mi esposa falleció a los pocos años.

A mí de joven me agarró un rayo, casi muerto, me encontró mi padre, escogido eres, vas a ser maestro *yatiri*, me dijo y me he ido a otro pueblo donde un maestro mayor, para aprender.

Los *apus* hablan conversan, se avisan; de lo que tú estás aquí ya le han avisado al Rasuwillca; cuando has venido, habrás pedido permiso para vivir aquí; solo así vas a vivir bien. Don Cipriano venía a visitarnos y nos traía papitas dulces de su huatia y hojas tiernas de coca; quería saber qué hacíamos por su tierra; enterado que yo enamoraba con una joven puneña, me preguntó si había pedido autorización a su *apu*; el amor, me dijo, tiene que ser claro, tú no eres solo, tú traes, tu vida de Puquio, tus padres también, tu esposa finada, tus hijos, tu música traes; ella también no es sola; trae a su hijo, a sus padres, a su marido separado, a su pueblo, su música y bailes y juntos van a ser más.

Un día, en Copacabana, don Cipriano hizo una pequeña ceremonia de *Coca Quinto* poniendo cinco hojas para cada familia, para cada hijo, para el trabajo, la llenamos de flores y la entregamos al lago que también es *Apu*; para que se fortalezca la vida y el amor nuevos.

“Cerrito de Huaccsapata, testigo de mis amores, tú nomás estás sabiendo la vida que estoy pasando”.

EL APU RASUWILLKA

El *apu* mayor en toda la zona norte de Huamanga y Huanta es el Rasuwillca. Desde Huanta no se ve, está en las alturas del valle, hay que ir a Huamanga para verlo.

Los campesinos de Uchuraccay cuentan que cuando llegaron los senderistas y se quedaron a vivir ocultándose en las cuevas del Rasuwillca, el *apu* de alguna manera les cubría con la neblina, pero luego, como vio que mataban gente, el *apu* no les protegió más. Desde entonces ya no tiene su corona de nieve.

Cuando los ingenieros hicieron el canal de irrigación, con tanta dinamita que le abrieron las venas y le hicieron perder fuerza, el *apu* Rasuwillca pidió apoyo al Ccarhuarazo, el *apu* mayor, conversó con él diciéndole que se sentía débil, que podía desplomarse sobre Huanta. El Ccarhuarazo le pidió fuerza: un *apu*, le dijo, no puede caer sobre los hombres de los que es protector y así, al escuchar eso, se fortaleció y cerró con densa neblina los caminos de los canales y los ingenieros se desesperaron y buscaron otros caminos.

Dentro del *apu*, en su interior, está el paraíso; hay jardines de flores y huertos de frutas, caballos blancos se pasean en él.

CASIRE, DONDE GOBIERNAN LAS MUJERES

Casire es un pequeño pueblo de indios, está al pie y bajo la protección del Sarasara, el *apu* mayor de la comarca y el que cierra las puertas de Ayacucho sur.

Cuidan a Casire las tres vírgenes patronas del pueblo: la Virgen de las Nieves, la Virgen del Carmen y la Virgen Inmaculada.

En Casire gobiernan las mujeres; los hombres desde muy jóvenes se ausentan a trabajar en los valles costeros de Chaparra, Acarí y Yauca. Las mujeres entonces tienen que trabajar la tierra, sembrar el maíz, aporcarlo, regarlo, guardar las mazorcas en trojes y las cañas secas en pirhuas sobre añosos molles. Casire es tierra de maíz. Las mujeres distribuyen el agua, organizan las faenas comunales, cuidan las chacras y pastorean el ganado.

Los hombres regresan para las fiestas y dicen que no pueden permanecer más de tres meses porque les agarra el mal del costado y mueren botando sangre por la boca.

El obispo de Ayacucho llegó en una ocasión para buscar la sanación del pueblo y sacó en procesión a las tres vírgenes durante tres días para arrojar el daño, una cada día; a la semana tuvo dolores al vientre y se regresó a Huamanga.

En Casire las mujeres mayores y solteras enseñan a las muchachas jóvenes a ser huaylias, mujeres dedicadas a las vírgenes. Llegan de todas partes, de Puquio, de Coracora, de La Unión, van a aprender el oficio sagrado de ser vestales, tienen que aprender a bailar con pasos cortos y ligeros y a cantar con tonos muy agudos. Dicen que cuando una joven huaylia conoce hombre pierde su voz, ya no puede cantar y otra tiene que cantar.

Casire es un pueblo de campesinos muy pobres, los hombres tienen que salir a los valles calientes e insalubres de la costa donde el salario como peones en los cultivos de algodón es tan bajo que no alcanza para curar el paludismo ni la tristeza del destierro, por eso regresan a morir en Casire.

LA HISTORIA EN HUANTINO DEL MAR HUANTÁRTICO

Los huantinos tienen la gran habilidad de exagerar y fantasear en demasía los hechos de la realidad, los huamanguinos envidiosos llaman a esta práctica “huantinada”.

En el verano de 1945 llovió mucho en toda la zona, tanto que los ríos Mantaro y Warpa, al unir sus aguas tuvieron una inmensa fuerza cuando entraron bramando al profundo cañón de *Watus Caya* y horadaron las bases de la montaña, que cayó desmoronándose en miles de toneladas de rocas y tierra cerrándoles el paso. Los pueblos nativos de la boca del Mantaro, que no veían venir a su río fueron en largo viaje a averiguar qué había cortado su vida y quedaron sorprendidos de ver un inmenso muro que no lo dejaba pasar.

Poco a poco, día a día, cuentan los huantinos mayores que fue creciendo el agua empozada primero, como inmenso charco, como laguna después y como un gran lago más tarde, cubriendo los fundos y las sachas desde Vado Chico, en Huanta, hasta casi llegar a Quichuas; en la encañada sentían que las aguas parecían querer retornar a sus fuentes por el camino que habían andado.

La sociedad huantina consideró el hecho como prodigioso; los descendientes de Gervasio Santillana se sentían finalmente reconocidos por la historia y en un gigantesco cabildo abierto acordaron en llamar al inmenso lago “El Mar Huantártico”. Huanta que siempre se consideró una pequeña república independiente, tenía ahora su propio mar.

Se suspendió el tránsito terrestre con Huancayo y Huancavelica y se estableció el transporte fluvial. El Vado Chico en Huanta era el puerto y en Quichuas en territorio huancavelicano estaba el embarcadero; las cargas y los pasajeros viajaban en chalupas y barcasas que un astillero local afanosamente construía.

El subprefecto, en atención al pedido de los ciudadanos huantinos, solicitó la presencia de la Marina de Guerra, el establecimiento de una capitanía de puerto, el reconocimiento oficial del puerto mediterráneo de Huanta y la construcción del embarcadero en el fundo

Vado Chico. Al poco tiempo llegó un destacamento de la marina para ordenar el tráfico fluvial.

En nuevo cabildo a pedido de un vecino notable que decía conocer de océanos y mares se acordó salar las aguas del Mar Huantártico no vaya a ser, había dicho, que por no ser salado no sea reconocido como tal. Tomado el acuerdo y con apoyo del municipio se fletaron pjaras de llamas de las alturas que todos los días traían sacos de sal de las canteras de Cachi y los vaciaban en las aguas cada vez más crecientes.

Y como era un mar muy joven de reciente aparición solo tenía lo que los ríos le dieron, unos pequeños bancos de pejerreyes y bagres. El municipio de Huanta, que quería tener una mayor riqueza ictiológica, contrató a un biólogo marino para que produzca alevinos de corvinas, cojinovas, tiburones y lisas, pero lamentablemente solo pudo producir miles de renacuajos que esperaban se convirtiesen en peces en las ya marinas aguas del nuevo mar.

Al tiempo se formaron playas que vinieron en bautizarlas como Vado Beach y adonde iban los escolares en excursiones y las niñas huantinas en paseos a tomar baños de mar y a quienes los jóvenes huamanguinos invitaban a ser sirenas.

Enterado del hecho un huantino rico, residente en Miami envió en donación delfines y focas que dicen murieron de frío en Huancayo.

Todo iba muy bien, se había formado un bello paraje que dotaba de belleza exótica a la sequedad de la zona; había cambiado el clima atemperándose el calor de la zona; se pensaba tener una propia marina de guerra y en el club se había formado el grupo de aficionados a la pesca submarina y ya habían llegado gaviotas de las lagunas de la puna; patos silvestres de los ríos; hermosas parihuanas de la laguna de Parinacochas, y de los nidales de Huachuaycerca, jóvenes Huacchuas; pero los hacendados de las quebradas y de los bajíos de Huanta y Mayocc pidieron al Estado la acción del ejército para la recuperación de sus predios fondeados por las aguas y el Ejército Nacional, sin criterio, sin imaginación y con una torpeza increíble dinamitó el dique y se perdió así el Mar Huantártico, como también la consolidación de un gran cambio ecológico en una zona tan desértica. El desagüe duró dicen muchos meses y así la república huantina volvió a su mediterraneidad.

EL QUIJOTE EN LA VILLA DE PAUZA

Cuando pregunté en Pauza por el señor alcalde me dijeron que estaba en Madrid, recibiendo un premio a nombre de la ciudad por haber sido la primera en la América en la que se representó el Quijote de la Mancha, hace cuatrocientos años. Nadie tenía la historia completa y me animé a reconstruirla junto con Juan Escobar

La villa de Pauza queda en el camino inca del mar al Cusco; allí se descansaba unos días después de haber subido a la montaña y antes de volver a subirla en la cadena del Huanzo hacia Cusco. Pauza, fundada como villa por los españoles, tenía a inicios del siglo XVII una pequeña población de godos, casi todos dedicados a la minería, y era además un frente de evangelización de los indios de las altas zonas del sur de Ayacucho y del norte de Arequipa.

Por allí pasó, en 1606, un comerciante de libros que llevaba los últimos títulos impresos en Madrid y entre los nuevos breviarios e historias de la vida de los santos traía algunos ejemplares del libro del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha; el párroco, que tenía un claro liderazgo social, le pidió el libro y al terminar de leerlo en los cuatro días de descanso de acémilas y comerciante, lo compró.

Más tarde don Pedro de Salamanca, corregidor de Pauza, celebró apoteósicamente el nombramiento de don Juan de Mendoza y Luna como virrey de Perú. “Con la escenificación del Quijote, acto que se realizó en la plaza pública de Pauza.” Se escogieron como actores a un español de Vigo un poco subido en carnes como Sancho y a la hija guapa de un catalán como Dulcinea; al no encontrar quien tuviera el continente adecuado para representar al Quijote decidieron pedir a la corte les enviase a uno que lo representase.

Al año apareció en el pueblo un joven flaco, alto, medio rubio, que dijo haber venido por mandato del rey para representar al Quijote y es así que anunciada con bandos en los distritos e invitaciones en las parroquias cercanas, la obra se representó en la plaza pública de Pauza durante una semana.

Cuando el gobierno español publicó a nivel latinoamericano la convocatoria a un concurso de premios en conmemoración de los 400 años de la impresión del Quijote, un paucino residente en Madrid recordó que su abuelo le había contado algo de esto y se comunicó con el alcalde y el párroco, quienes se echaron a buscar testimonios ciertos del hecho; por felicidad los encontraron en los Libros del Cabildo y así es como Pauza ganó por un mes a un pueblito de Puebla en México el honor de ser conocida como ciudad cervantina de América, aunque ya no tenga ni quijotes ni sanchos, solo dulcineas.

De Huamanga en los años sesenta y setenta. Universitas huamangensis

de Enrique Moya Bendezú se terminó de imprimir
en el mes de mayo de 2016, por encargo
de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga,
en los Talleres Gráficos de Lluvia Editores
de la Av. Inca Garcilaso de la Vega 1976, Of. 501.

Lima. Perú.

La edición consta de mil ejemplares